

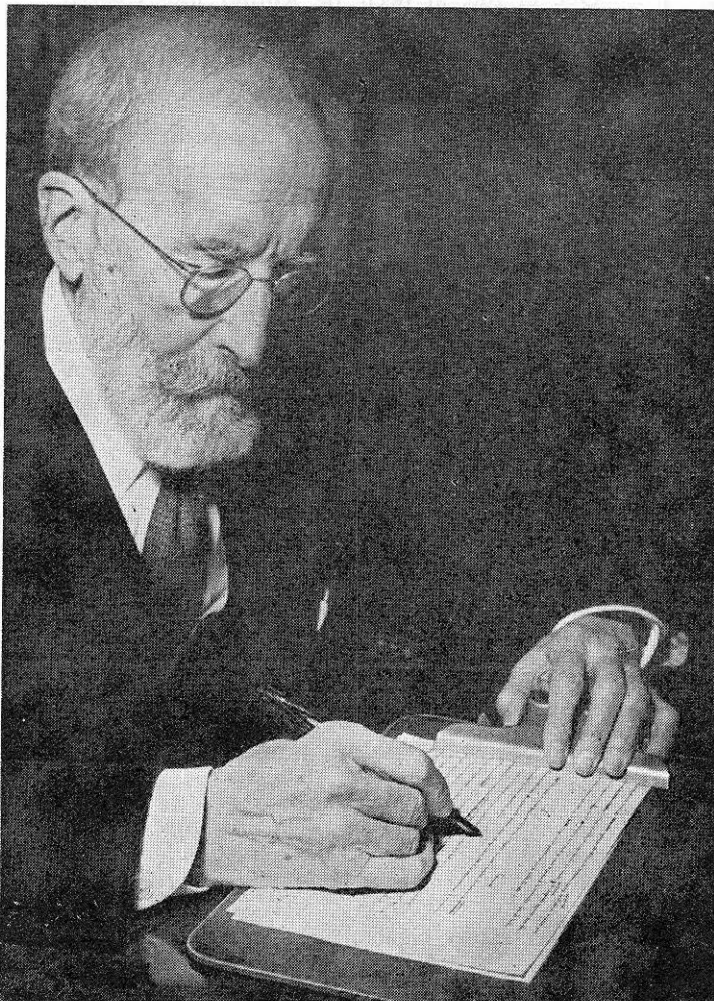


NOTICIAS CULTURALES

NÚMERO 106

1º DE NOVIEMBRE DE 1969

RECUERDO Y PRESENCIA DE DON RAMON MENENDEZ PIDAL



“Como él fue más él, así será por siempre” dijo el poeta de su amigo desaparecido. Para mí don Ramón será por siempre como lo recuerdo de aquellos días en que, apoyando mi timidez en la presencia amiga de Alvaro Gal-més, nieto de don Ramón y amigo (y profesor) mío, llegué recién graduado en “Románicas” por Madrid, a realizar mis primeras investigaciones de incipiente filólogo sobre el dialecto leonés a la casa de Chamartín de la Rosa en que Menéndez Pidal vivía y trabajaba.

Recuerdo el despacho, repleto de libros hasta el techo, en que don Ramón, siempre abierta la ventana sobre el pequeño campo (que no jardín) que rodeaba la casa, incansablemente rellenaba hojas con aquella letra, pequeña y clara, que tan familiar nos es a casi todos los lingüistas hispánicos. Recuerdo también sus pequeños paseos por los terrenos vecinos a la casa, tan semejantes a los de su entrañable Sierra de Guadarrama a la que tanto amó. Y su silueta, fina y escueta, inclinada sobre libros y papeles y coronada por su visera verde de trabajo, que resguardaba sus ojos de la cercana luz de la lámpara.

Pero, sobre todo, recuerdo, a través de esos pequeños gestos sin importancia que, a veces, dan, mejor que los grandes ademanes, la estatura esencial de un hombre, las cualidades que, entonces y ahora, me parecen más significativas de quien, cuando lo conocí, era ya, sobre su modestia no fingida, sustentación humana de su propio mito. Su incansable devoción por el trabajo minucioso y exigente aun en los más aparentemente nimios detalles; su comprensión humana, llena de una cordialidad a veces escondida pero siempre transparentándose en la mirada franca y en la actitud abierta; su respeto por la personalidad y por las opiniones

ajenas, incluso de quien, como yo entonces, debía merecer de él solamente una condescendiente atención mezclada con afectuosa ironía; su ejemplaridad, en fin, no reclamada y exhibida sino presentada, con profunda elegancia espiritual, en cada actitud y en cada instante.

Pero no es lógico que hable (que hablemos) de don Ramón en pasado como si con su cadáver se hubiera dado tierra también a su personalidad y a su obra.

Como aquel "espino albar" que en el romance surge del corazón del galán enamorado, del gran corazón y de la fecunda inteligencia de don Ramón han nacido criaturas del espíritu

que prolongan entre nosotros su vida y su presencia. Conceptos, métodos, síntesis amplísimas, tendencias y orientaciones. Y, junto a todo ello, las figuras de los investigadores (ya varias generaciones) que hemos formado nuestras mentes y afilado nuestras herramientas de trabajo en las enseñanzas del Maestro: de Navarro Tomás, Lapesa y Américo Castro a Eugenio de Bustos, Gregorio Salvador y yo mismo.

No. No recuerdo de don Ramón sino presencia de don Ramón, hoy y mañana en todo el mundo hispánico.

GERMÁN DE GRANDA.

14 DE NOVIEMBRE

Al cumplirse el primer aniversario del fallecimiento de D. Ramón Menéndez Pidal, dedicamos las presentes páginas a su memoria. D. Germán de Granda, catedrático del Instituto Caro y Cuervo, da testimonio de la permanente presencia del gran maestro de la lengua española. D. Pedro Grases hace la evocación de su figura y de su obra, en admirable artículo que tomamos de la Revista Nacional de Cultura de Caracas. El P. Carlos E. Mesa, colombiano, nos ofrece el recuerdo de sus encuentros con D. Ramón. Reproducimos también los fragmentos de un diario íntimo, publicados en La Gaceta del Norte y otros periódicos españoles, por el P. Ignacio Errandonea, quien fue profesor en el Colegio de San Bartolomé, de Bogotá, donde residió y editó (1913) su conocida Gramática latina.

Por Acuerdo del 16 de noviembre de 1968, que aparece en esta página, el Instituto resolvió publicar el Epistolario entre R. Menéndez Pidal y R. J. Cuervo, obra que vio la luz el 13 de marzo de 1969. Acerca de ella escribió Carlos Patiño Rosselli el comentario que se dio a conocer en el núm. 104 de Noticias Culturales.

La fotografía que aparece en la primera página de este boletín ha sido enviada especialmente por doña Jimena Menéndez-Pidal de Catalán, con la siguiente esquila, que nos honra altamente:

Mi buen amigo: Llegó su entrañable carta, y llegó el Epistolario, fruto de cuanto Uds. han trabajado en este propósito. Me emociona la fecha de su aparición, así como la solemne misa de que Ud. me habla.

Yo le encomiendo transmita mi agradecimiento profundo a los miembros de ese Instituto que por tan varios modos están demostrando un verdadero cariño hacia mi padre.

Le envío esa fotografía que espero sirva para ser reproducida. También le mando ese pequeño folleto que ha editado el Seminario Menéndez Pidal, reproduciendo el animoso artículo escrito a los 90 años, buena expresión del espíritu que alentó su vida.

Querría saber expresar el sentimiento agradecido de toda esta familia al ver en Uds. resonar acorde el afecto que mi padre sintió siempre por todo lo que a Sudamérica se refería.

* * *

ACUERDO NUMERO 4 DE 1968

EL CONSEJO CONSULTIVO DEL INSTITUTO
CARO Y CUERVO

CONSIDERANDO:

Que ha fallecido en Madrid el señor Don Ramón Menéndez Pidal.

Que él fue, al decir de Rufino José Cuervo, "como el alma y el corazón de los pueblos de sangre española";

Que como hombre de ciencia fecundó con el ejemplo de su vida y su obra, hoy patrimonio de toda cultura hispánica, el campo de la filología y la lingüística;

Que en muchos de sus libros está patente su afecto hacia los países de Hispanoamérica,

ACUERDA:

ARTÍCULO PRIMERO. — Lamentar el fallecimiento del sabio e ilustre filólogo, Don Ramón Menéndez Pidal.

ARTÍCULO SEGUNDO. — Honrar su memoria y exaltar el ejemplo de su magisterio.

ARTÍCULO TERCERO. — Publicar en homenaje suyo la correspondencia que sostuvo con Rufino José Cuervo y que conserva inédita el Instituto Caro y Cuervo.

Comuníquese y cúmplase.

Dado en Bogotá, a los diez y seis (16) días del mes de noviembre de mil novecientos sesenta y ocho (1968).

El Director Profesor del Instituto Caro y Cuervo,

JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI.

El Secretario General,

FRANCISCO SÁNCHEZ ARÉVALO.

EVOCACION DE DON RAMON MENENDEZ PIDAL

I

Con la muerte de D. Ramón Menéndez Pidal la cultura hispánica acaba de perder el más notable de los hombres representativos de la erudición filológica moderna, considerado con justicia como el primer romanista europeo contemporáneo. A pocos meses de alcanzar los cien años de edad desaparece esta figura, casi legendaria, que presidió durante tres cuartos de siglo la investigación del idioma preliterario castellano y la de los caracteres primordiales de la literatura española. Su personalidad, sólida y majestuosa, contrasta con los rasgos generales de nuestro tiempo, tan contradictorio, cambiante y amenazador. En vísperas de la alucinante sociedad postindustrial, cuando nos asedian computadoras, la automatización y la ciencia cibernética, da reposo al alma la contemplación de modelos sosegados, poderosos, aparentemente quietos pero en denso movimiento como la corriente de amplio río; de gente que vive en la intimidad de la meditación, como Ramón Menéndez Pidal, hombre de excepcional perseverancia, tan poco común en el mundo hispánico. Vivió infatigablemente en pos de la realización de un inmenso grupo de trabajos que le dan derecho al más legítimo de los homenajes. La masificación que nos cae encima ha de combatirse con ejemplos de existencias como la de D. Ramón. Dedicado a la erudición y a la vida recoleta, en la devoción por delicados ideales, fruto de su exquisito conocimiento, alcanzó a ser un raro caso de persona popular en todas las naciones hispánicas, de nombre conocido en un radio sorprendentemente amplio; además, naturalmente, del mundo universitario de todo el orbe. Su pérdida es dolor de pueblos.

El grupo de discípulos que formó con su magisterio está compuesto por personas que son o han sido maestros indiscutidos, que honran una educación y constiuyen firme enlace para las generaciones sucesivas. Personalidades como Tomás Navarro Tomás (n. 1884), Américo Castro (n. 1885), Federico de Onís (1885-1966), Samuel Gili Gaya (n. 1892), Vicente García de Diego (n. 1878), Cipriano Rivas Cheriff (1891-1966), Dámaso Alonso (n. 1898), Antonio García Solalinde (1892-1937), Amado Alonso (1896-1952), Pedro Salinas (1892-1951), José F. Montesinos (n. 1897), Rafael Lapesa (n. 1908) y tantos más, son claros testimonios de las enseñanzas de D. Ramón, de quien

recibieron el legado que les ha comprometido a proseguir la obra impresionante del fundador de la escuela. La tarea conjunta ya realizada, vista en nuestros días, es un auténtico renacimiento de la sabiduría hispánica.

Coincide cronológicamente Menéndez Pidal con la brillante pléyade de escritores que integran la generación del 98. Alguna vez se le ha mencionado como integrante de ella, pero se ha indicado con razón que sus escritos y sus empeños no tienen nunca el tono pesimista que es denominador común de los representantes del "desastre" hispánico finisecular. Se halla mejor vinculado a la tradición erudita peninsular, que enlaza en lo inmediato con Marcelino Menéndez Pelayo, y éste con Manuel Milá y Fontanals, con quien entronca D. Ramón en la pasión por la epopeya española medieval. Del mismo modo, podría invocarse el nombre de Andrés Bello, en tierras americanas, que aunque ignorado por Milá, a pesar de ser almas gemelas, recibe de D. Ramón el testimonio de justicia que he de aducir más adelante. ¡Figuras imponentes en la cultura de las letras hispánicas! Si D. Ramón no abarca la sobrecogedora y ancha dimensión de temas y tareas de polígrafos como Bello, Milá y Fontanals o Menéndez Pelayo, en cambio logra mayor perfección monográfica en los asuntos más especializados a que dedicó su poderosa capacidad de estudio. Bello estuvo requerido por la necesidad de dar educación integral, en todas sus facetas, a los pueblos hispanoamericanos independizados políticamente; Milá y Fontanals y Menéndez Pelayo cumplieron tareas de extensión equivalente con la revisión de todo el caudal de temas de la civilización hispánica. D. Ramón, si bien redujo el ámbito de sus labores, gana en profundidad, pues logra ahondar hasta las raíces, en los campos de sus investigaciones preferidas. Pero todos ellos son valores gigantescos en la continuidad histórica del pensamiento hispánico de los siglos XIX y XX.

La contemplación de la vida y la obra de Menéndez Pidal desde Hispanoamérica nos da acaso una medida más exacta de la trascendencia de su extraordinaria personalidad. De mí sé decir que habiendo sido su alumno en 1931-32, a pesar del asombro experimentado ante su excepcional humanidad en mis tiempos de estudiante, ha sido luego, desde Hispanoamérica, cuando he podido medir con nueva perspectiva la dimensión de su

obra. Acaso hay que pertenecer a este continente y entender qué significa el mundo de Repúblicas, con sus 160 millones de hispanohablantes, para darse cuenta de cómo se agranda el mensaje de D. Ramón a la civilización hispánica. Los frecuentes tratos personales y epistolares han ratificado en mi ánimo la amplitud de su magisterio.

2

El esquema biográfico de Ramón Menéndez Pidal es bien sencillo. Nace en La Coruña el 13 de marzo de 1869. Ya en 1893 la Real Academia Española premia su trabajo inicial sobre el *Poema del Cid*. En 1896 publica su primera gran obra, *La Leyenda de los Infantes de Lara*, en la que revisa y renueva los métodos y la interpretación de la épica castellana, que él mismo relaciona con las monografías de Milá y Fontanals. En España y Europa entera llama la atención una obra tan novedosa, salida de la pluma de un joven de 27 años. En 1899 es catedrático de filología románica en la Universidad Central de Madrid. En 1902 es elegido Individuo de Número de la Real Academia Española. En 1907 se incorpora a la Junta para Ampliación de Estudios, recién creada, y labora en el Centro de Estudios Históricos. En 1912 se incorpora como miembro en la Academia de la Historia en Madrid. Funda en 1914 la *Revista de Filología Española* y en 1925 es elegido Director de la Real Academia Española, lugar eminente que ostenta hasta su fallecimiento (salvo en el período de la Guerra Civil y los años inmediatamente posteriores). Muere en Madrid el 14 de noviembre de 1968.

Su hogar, en la Cuesta del Zarzal, en Chamartín (Madrid) es un auténtico centro de trabajo y lugar de peregrinación de todos cuantos han deseado gozar de su trato. Hace pocos años su residencia quedaba lejos de la ciudad, rodeada de silencio y enmarcada en la soledad castellana. Hoy, la explosión urbanística de la capital ha incorporado la antigua deliciosa mansión al ruido del tráfico y a la vecindad de las multitudes. Serán para mí inolvidables las entrevistas que D. Ramón me concedía con su gentileza, a cada visita a Madrid. Eran talismanes para la apetecida conversación, más que el haber sido su alumno, el vivir en Hispanoamérica y, por encima de todo, la empresa de la edición de las *Obras Completas* de Bello. Además, podía darle noticias de hallazgos de romances en Venezuela, puesto que para D. Ramón el haber recogido un texto y, por tanto, preservado de la posible pérdida a un romance era el mejor

título de amistad. Tengo el valioso testimonio del Dr. Isaac J. Pardo, quien había publicado un estudio con transcripción de romances¹. Desde entonces fue su amigo; que él lo diga.

En cuanto a Bello, escribió D. Ramón un espléndido artículo que fue publicado en Caracas con todos los honores².

Sentía curiosidad, realmente insaciable, por las actividades y hechos de la cultura hispánica y preguntaba ávidamente por personas y libros y trabajos en curso, con admirable conocimiento de cuanto se producía sobre los temas de su especialidad. Recuerdo mi sorpresa cuando en una ocasión me habló del librito mío *Gremio de Discretos*, que se había publicado en la serie de Cuadernos de la Asociación de Escritores Venezolanos. En él incluí mi nota sobre el término "liberal", como voz de estirpe hispánica en el sentido político, con argumentos apoyados en testimonios de los primeros años del siglo XIX (Gallardo y Cortes de Cádiz). Tenía su ejemplar anotado y adujo otras publicaciones francesas que pretenden reivindicar distintos orígenes al significado político de la voz "liberal".

Excitaba a proseguir en América las investigaciones que se hallaban en camino. Era en verdad un privilegio el salir reconfortado de cada conversación con D. Ramón, que unía a su maestría el toque finísimo, humano, de la delicadeza, la amistad y el interés por la obra ajena. Del mismo modo vivía la preocupación por los problemas contemporáneos, en la cultura, en la política, en las sociedades, en la enseñanza. Se engañaría quien, llevado por la lejanía en el tiempo de los temas principales objeto de la erudición de D. Ramón, creyese que vivía apartado de los sucesos actuales. Todo lo contrario: sentía verdadera pasión por la marcha y los cambios de los acontecimientos inmediatos y futuros³.

¹ "Viejos romances españoles en la tradición popular venezolana", en la *Revista Nacional de Cultura*, núm. 36, Caracas, enero-febrero, 1943, págs. 35-74.

² "La nueva edición de las Obras de Bello", en la *Revista Nacional de Cultura*, núms. 106-107, Caracas, septiembre-diciembre de 1954.

³ Al tratar el tema de la selección o invidencia en la Historia de España no desperdicia la alusión a los problemas de nuestro tiempo. Léase lo siguiente: "No importa detenerse a conocer los bien intencionados programas formulados a partir del 98, ni los trabajos emprendidos que abarcan desde la urgente regeneración nacional hasta los conatos de soñada grandeza; sólo importa ver si detrás de esos intentos hay una eficiente acción justiciera y selectiva, o si se está perdiendo el tiempo en atender sólo a los correligionarios incondicionales, cuando el país, que atraviesa una época escasa de aptitudes, ni aun con la totalidad de sus recursos puede satisfacerse

Escribió en un famoso artículo al cumplir noventa años⁴ su sentido del trabajo. Habla allí de "la tranquila celeridad", como norma de conducta, equivalente al "sin prisa, pero sin pausa", del lenguaje sentencioso castellano. Y así fue su vida. Explicaba de él mismo, que desde sus veinte años de edad se reservó siempre celosamente las mañanas para su propia obra; o sea la primera parte del día, con la particularidad de que la mañana madrileña termina a las 2½ o 3 de la tarde. El resto del tiempo, podía destinarlo a la calle: Academias, clases, compromisos sociales, reuniones, y aun (decía) que a los mismos entierros sólo concurría si eran por la tarde. Una vida longeva con tan metódica y admirable rutina, da el tiempo para su obra asombrosa.

Su gran vitalidad estaba presidida por otro principio, que pertenece al mencionado artículo de sus 90 años:

La voluntad lo puede todo, es decir, todo lo que sólo depende de nosotros mismos, y no de otros. De esa voluntad, que es el más precioso de los arcanos y divinos dones de la Naturaleza, depende el sabio disfrute, *el lucrativo goce del caudal de la vida*, ese caudal siempre inestimable.

Así contestó, al preguntársele por su mejor deseo:

Que lo que viva, lo viva en validez. Vivir por vivir, no tiene objeto.

3

La obra de Menéndez Pidal está animada por dos amores: la lengua y la literatura castellanas: en definitiva, la Historia; y el afán de ensamblar lo erudito y lo popular: en definitiva, lo hispánico. No es fácil deslindar en campos separados, para lograr cierta ordenación, los libros y escritos principales emanados de su pluma.

Ensayamos, de todas formas, un bosquejo de clasificación para utilidad del lector.

En el estudio y definición de la epopeya castellana hay que situar los siguientes títulos: *La leyenda de los Infantes de Lara* (1896), libro de juventud, revelador, que está todavía en plena vigencia, a pesar del fatal deterioro de las obras eruditas, sometidas a la superación de los estudios posteriores. *El Cantar de Mío Cid: Texto, Gramática y Vocabulario* (1908-1912) es hoy día la refe-

para desarrollar una regularidad funcional". (*Los españoles en la Historia*, ed. de 1951, pág. 66).

⁴ *Papeles de Son Armadans*, XXXIX, Palma de Mallorca, junio de 1959.

rencia indiscutible para toda investigación sobre el tema. Y si algún aspecto se ha superado, lo ha sido por el propio Menéndez Pidal, como el de la más reciente rectificación acerca de los varios autores del *Poema*. Su libro *Poesía juglaresca y juglares* (1924) tiene toda la lozanía de su primera publicación y es un tesoro de ideas y noticias, que acreditan el dominio insólito en el conocimiento de una época, una sociedad y sus poetas. Las lecciones del curso monográfico, que vieron la luz primeramente en francés, *L'Épopée castillane à travers la littérature espagnole* (1910) son la expresión sistemática de su tesis sobre el tradicionalismo, de que hablaré luego. El estudio sobre *El Rey Rodrigo en la literatura* (1924) es un paradigma de pesquisa acerca de la continuidad y supervivencia de un tema poético, desde los tiempos medievales hasta nuestros días. La compilación antológica, con estudio preliminar apasionado, que se intitula *Reliquias de la poesía española* (1951), publicado a los 82 años de D. Ramón, es un alegato definitivo para la tesis iniciada en 1896 con su estudio sobre *La leyenda de los Infantes de Lara*. Y el increíble libro publicado en 1958, a los 89 años, sobre *La Chanson de Roland y el neotradicionalismo*, elaborado con espíritu juvenil. Queda fuera de esta enumeración un copioso arsenal de escritos sobre temas de la épica, que harían interminable esta relación.

Intimamente relacionados con el gran campo de investigación de la épica, están los libros que como lingüista dedicó D. Ramón a crear la ciencia de la lengua castellana: *Manual de gramática histórica del castellano* (1904), con sucesivas ediciones enriquecidas con nuevos aportes y complementos; *Orígenes del español* (1926), base y fundamento del conocimiento de la época preliteraria del idioma y modelo para la investigación en el mundo romanista; las *Crónicas* (1918); los estudios sobre la lengua en la época de Carlos V; sobre la lengua de Colón, etc.

En historia de la literatura (como si no lo fuese todo lo ya anotado) señalaría su monumental recopilación del *Romancero*⁵, del que es delicioso divertimento de convaleciente, después de la operación en los ojos, la *Flor nueva de romances viejos* (1928), ayudado en la lectura rememorativa por su hija Jimena; los estudios sobre los orígenes de la lírica medieval, que modificó con los aportes posteriores de otras investigaciones; sobre la

⁵ "Me he pasado la vida buscando romances castellanos", dijo al cumplir noventa años.

elaboración del Quijote; sobre Lope; sobre Tirso de Molina, y tantos más, en la sucesión inacabable de valiosas monografías.

Y en Historia, su monumental *La España del Cid* (1929) y la dirección magistral de la *Historia de España*, en curso de publicación, con 20 y tantos volúmenes. Para cerrar este capítulo, en temas de Historia, el libro *El Padre Las Casas: su doble personalidad* (1963), tan controvertido, que cierra la serie de los grandes libros.

Dejo de último el que para mí es resumen del pensamiento de D. Ramón sobre "lo hispánico", que considero libro de cabecera y, como me decía Amado Alonso, es "síntesis de la sabiduría" de Menéndez Pidal. Me refiero al tomo *Los españoles en la historia y en la literatura* (1951), con dos estudios monumentales en los que ensaya su interpretación de la historia y las letras del ser peninsular. Depósito riquísimo de ideas y reflexiones que debe ser leído y meditado por todos los que se interesen por la civilización occidental.

4

El paso y la acción de D. Ramón Menéndez Pidal por los predios de la cultura hispánica ha dejado incorporadas a la historia de la civilización unas cuantas ideas ya incommovibles, como obra del más insigne romanista nacido en la Península. En la épica y en el Romancero sus aportes están ya consagrados por la crítica erudita. En la épica ha fijado las normas de la crítica literaria; el Romancero lo ha enriquecido con la interpretación de centenares de variantes para cada romance.

Una de las ideas más fecundas, por la que combatió denodadamente hasta alcanzar el triunfo pleno, fue la que se considera ya hoy día teoría universal: la de la tradicionalidad, como rasgo característico y peculiar del idioma y de la literatura. Enuncia así el principio, primero aplicado al romancero, y luego, con carácter general:

La transmisión de un romance es un fenómeno colectivo; y esto quiere decir que cada iniciativa de un recitador está sujeta a la aceptación de los que le rodean o le escuchan.

Toda creación en los productos sociales o colectivos es obra de un individuo que en un momento de iniciativa se eleva sobre el nivel común de las gentes; pero la creación individual sólo llega a hacerse popular cuando es asimilada por el pueblo, cuando éste la repite reiteradas veces, y al repetirla no permanece pasivo, sino que amolda la creación primera al común sentir, y la rehace y la refunde, vivificándola con nuevas iniciativas individuales, que son creadoras a su vez, por dispersas e imperceptibles que sean.

Doctrina hoy aceptada como válida, aplicable a la literatura y al idioma mismo. La distinción entre lo "popular" y lo "tradicional", y el análisis de las transformaciones de la misma obra de arte, que en castellano carece de "la augusta esterilidad de lo perfecto" sino que suscita e incita a nuevas reelaboraciones, son ya conquistas incorporadas a las historias literarias.

En la ciencia del idioma castellano preliterario podrán añadirse detalles y corregirse algunos puntos, pero la ciencia — en métodos y en documentación — ha quedado establecida con propia fisonomía por Menéndez Pidal. La precisión geográfica y el tiempo de formación, definición y desarrollo del castellano están en sus *Orígenes del Español* cuyas leyes resume en el *Manual de gramática histórica*. Igualmente, sus monografías en historia literaria son esclarecedoras en los temas que toca.

A su muerte, deja en proyecto, aunque muy adelantadas, tres grandes obras, que habían de ser síntesis y perfeccionamiento de los afanes de su vida: la *Historia de la lengua española*; la *Historia de la epopeya*, y el *Romancero general*.

Los discípulos de D. Ramón han aprendido a ser sabios y artistas, quiero decir, que aun en los trabajos más abstrusos no pierden el sentido estético. Escriben con donaire y argumentan la exposición con singular gracia. Este sentido poético de la crítica erudita se debe al ejemplo de sobriedad y buen gusto de D. Ramón. Compárese con la prosa — correcta, pero llana, didáctica, de Menéndez Pelayo o de Bello — cualquiera de los trabajos de D. Ramón o de sus discípulos. Se hallará la demostración de lo que digo.

Por lo que interesa a la cultura venezolana, transcribo un fragmento del mencionado artículo dedicado a Bello:

Bello no es sólo una magna figura en las letras de América; es, por decirlo así, el genio epónimo de la cultura hispano-americana en el siglo de la independencia. Lo es, por el vasto campo a que su atención se extiende, por la constante alteza de su visión, y sobre todo por la serena ecuanimidad que alienta siempre en sus juicios; en medio del hervor revolucionario mantiene una firme moderación que le valió la acusación injusta de exaltados o envidiosos; en el más absoluto triunfo de una corriente literaria, se sitúa sencillamente aparte, sin buscar en ello el halagüeño ruido de una polémica.

5

Como signos del modo de ser de D. Ramón, aduzco unas citas de su artículo al cumplir noven-

ta años. Estimo que entrañan una hermosa lección para las generaciones actuales, así como ayudan a descifrar y aclarar la personalidad de un hombre tan eminente como fue Menéndez Pidal:

La apetencia creativa, que es la que da sentido o finalidad trascendente a la vida en todas sus edades, desfallece en tantas y tantas existencias ociosas, que se consumen en el ingente esfuerzo de defenderse contra el aburrimiento.

El prescindir de cuanto es buenamente prescindible será gran norma moral para un vivir eficiente en todas las edades.

El que siempre ejercita sus músculos, no se apoltrona con la edad; el que ejercita la memoria, la conserva siempre para las cosas de que más se ocupa; el que cuando

joven hace del trabajo un hábito gustoso, mantiene de viejo la necesidad de trabajar; el que cultivó los entusiasmos primeros, mantiene después, como fuerza rejuvecedora, el amoroso empeño de continuar la obra de las edades fuertes.

Refiere D. Ramón que el Infante D. Juan Manuel aspiraba a que de él se dijese: "Murió el hombre, mas no su nombre".

En otra forma lo dijo él mismo:

No morir totalmente ha de ser ansia suprema de la vida, en todas las edades.

Donde se hable castellano su nombre será recordado para honrarlo.

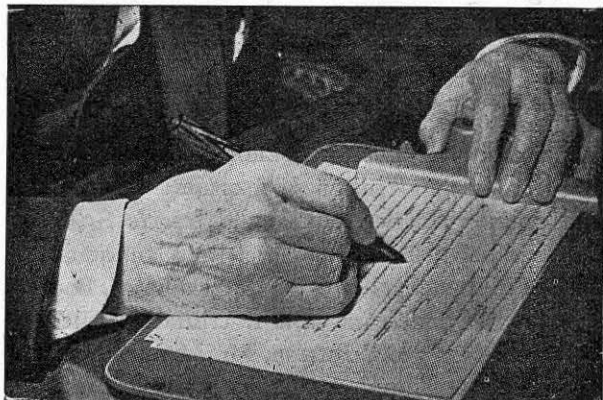
PEDRO GRASES.

DOS LECCIONES DEL MAESTRO RAMON MENENDEZ PIDAL

Reproducimos aquí en facsímile la portada del hermoso opúsculo publicado por el Seminario Menéndez Pidal el 13 de marzo de 1969, con ocasión del centenario del nacimiento de D. Ramón. Este folleto (47 págs.) — al que se refiere doña Jimena Menéndez-Pidal en la esquila cuyo texto aparece en la pág. 2ª de la presente entrega de Noticias Culturales — fue editado con toda pulcritud por la casa Gredos, de Madrid. Contiene, junto con una Memoria de las actividades del "Seminario Menéndez Pidal", dos lecciones de D. Ramón. De la primera — titulada Los noventa años y en la que su autor nos revela el secreto de su longevidad creadora — D. Pedro Grases hace algunos extractos en el artículo que acabamos de transcribir.

De la segunda, Novedad y alcibiadismo, ofrecemos a nuestros lectores el siguiente resumen: "La novedad es perpetua condición de todo adelanto humano" y "en la investigación, la novedad más firme es la que surge espontáneamente en el estudio, del largo trabajo y meditación". Pero no hay que confundir esta novedad, que es regeneradora, con "el prurito de notoriedad a poca costa, al pequeño coste de una novedad fácil y de relumbrón", como la de Alcibiades que, "queriendo que hablasen de él, acude a cualquier artificio llamativo, y modifica la cola de su famoso perro con una novedad disparatada, absurda"; o como la de Eróstrato, hombre insignificante, que "necesita conseguir su notoriedad con un solo golpe de novedad inaudita, y prende fuego a una de las siete maravillas del mundo". "Si es cierto — concluye el Maestro — que nadie ha de escribir sino para decir algo nuevo, el científico, al poner la pluma sobre la cuartilla, debe escudriñar con todo recelo si en la novedad que le hurga

y le urge hay el menor asomo, no ya del monstruoso erotratismo, sino del frívolo y embaucador alcibiadismo".



NON OMNIS MORIAR

DOS LECCIONES DE

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

Publicadas por el
Seminario
Menéndez Pidal
de la Universidad de
Madrid
el 13 de marzo de 1969.

con ocasión del
Centenario
de R. Menéndez Pidal.
Seguidas de una
Memoria de
sus propias actividades.

DEL ESPÍRITU DE DON RAMÓN

FRAGMENTOS DE UN DIARIO ÍNTIMO

Creo que una nota le falta al acorde unánime, universal, entusiasta, dedicado por el mundo entero a honra de nuestro gran literato; una pequeña parcela de su espíritu ha quedado desatendida y olvidada; me refiero a su vida de fe y a la práctica de la vida cristiana, sobre lo cual creo poder aportar datos que serán casi todos desconocidos. Y, quizá, está mejor así, tratado en particular y en tono íntimo, como corresponde al tema de una vida de espíritu y tan personal.

Sólo quiero advertir al lector que nada de cuanto diga roza con sigilos de sacramento, pues nunca traté de ellos con mi buen amigo. Hablaré solamente de mis conversaciones particulares, o mejor, le haré hablar a él mismo, y estoy cierto que su sincero amor a la verdad desea hoy que lo haga así, y, por otra parte, no temo desagradar en nada a los que son en la familia continuadores de su presencia en este mundo. Recojo, pues, unos fragmentos de mi diario íntimo.

Mis primeros contactos con don Ramón tuvieron lugar en Oxford. Estaba yo casi al fin de mis estudios en aquella Universidad, cuando fue invitado por ella a recibir el grado de *Doctor Honoris causa*. Era el año 1922. El acto se celebró en el Teatro Ashmolean, el 28 de junio. Venía muy bien acompañado: el "publicus orator", señor Godley, fue presentado a los insignes personajes: V. R. Taft, gran político americano; el judío francés S. Reinach, vir polymathestatos y acerrimus antiquitatis iudex et indagator; el cardenal católico Mons. Bourne, "columna y defensa de la fe cristiana en tiempos calamitosos"; lord Buxton, Mr. Masefield, Jean Perrin. A don Ramón Menéndez Pidal lo presentó como consagrado a descubrir la verdad en las fábulas de las leyendas, y que, con sus felices indagaciones, "ha enriquecido los tesoros de las musas". Todos los pocos hispanoparlantes de Oxford le agasajamos aquellos días como mejor pudimos, dirigidos por el veterano profesor Arteaga. Volvió él a Madrid, a sus cátedras e investigaciones, y yo me vine muy pronto a mis clases de Loyola, y no me creí digno de cultivar la amistad de persona que tanto respeto y veneración me infundía.

Sólo unos treinta años más tarde, a raíz de la muerte de su señora, me atreví a felicitarle las Navidades, dándome cuenta de lo triste que habrían de ser para él las primeras que pasaba privado de

su esposa. Al mismo tiempo, le expuse sencillamente la admiración que siempre me había causado el ver que, siendo tan numerosos y profundos sus escritos históricos, jamás se cebó en las graves faltas que en sus estudios medievales y en siglos tan tenebrosos hubo de descubrir, tantas veces, en la Iglesia y en diversas entidades religiosas con las que no comulgaba.

Su respuesta (3 de enero del 55) fue de lo más sincero y emotivo: ante todo recogía mi alusión a su señora:

«Querido y muy recordado Padre Errandonea: Muy en el alma le agradezco su cariñosa condolencia en la muerte de mi mujer. Ella, de ánimo tan austeramente religioso, sufrió con ejemplar resignación la larga enfermedad de crueles padecimientos, dejándome el más doloroso recuerdo, a la vez que consoladora edificación».

Pasando ya a mis indicaciones sobre su actitud de historiador respetuoso, me añadía:

¿Qué más he de decir a la caritativa carta de usted? Sólo sé decirle que ese respeto y delicadeza que usted nota en mis escritos, no es otra cosa que muy sincera nostalgia de no pensar o sentir como los demás, es quizá allanamiento de corazón, repitiendo el *adiuva incredulitatem meam*.

A tan sincera confesión añade unas líneas de comentario, que parecen entrañar todo un drama trágico:

«Cuando reflexiono sobre esta mi sinceridad, pienso que en las circunstancias ambientales más hostiles a ella, publiqué mi prólogo a la Historia de la España romana».

Al final conmemora el origen de nuestra amistad: "Dios dé a usted más feliz Año Nuevo que el mío, le desea muy afectuosamente su buen amigo, que por usted siente cordial simpatía desde los lejanos días en que nos conocimos en Oxford».

AL CUMPLIR SUS NOVENTA AÑOS

Del año 1957 encuentro en mis notas dos hechos interesantes: nuestra charla sobre la grave enfermedad del doctor Marañón: "Pobre Marañón — me decía —, que, lleno de vida y juventud, ha llegado a este estado de gravedad". Comentamos juntos

el hecho de que apenas recuperó el sentido después del incipiente coma, pidió la visita del sacerdote y la comunión. Igualmente me habló en otro viaje del bien que le hacían algunas conversaciones con don Javier Zubiri, particularmente una sobre el valor apologético de la Resurrección de Jesucristo, lo que me dio pie para glosar el grandioso capítulo 15 de San Pablo a los Corintios, tan convincente y tan consolador.

Le citaba un día el hecho de Santo Tomás de Aquino, que, caminando hacia el Concilio de Lyon, cayó muy grave en Fossanova, y viéndose morir, exclamaba y añadía: *Nihil umquam contra Te dixi*. Exactamente lo mismo que me reveló a mí esta alma escogida, desde el principio de nuestros contactos: Jamás había escrito nada ni contra Cristo ni contra su religión. Le añadía yo que no comprendía cómo un alma de tanta sencillez, modestia, sinceridad (“eso sí, me interrumpió, busco la verdad con toda mi alma”), y pureza de corazón, pudiera quedar sin el don de la fe y sus divinas esperanzas y consuelos. “Pues por mi parte no queda”, me respondió. Le repetí lo que otras veces: “Yo no diría que no está usted a este lado de la línea”. “Pues puede que tenga usted razón”, fue su respuesta.

Al cumplir sus noventa años, me envió un ejemplar (de los numerados) de su jugoso artículo *Los 90 años*, publicado en *Papeles de Son Armandans* (junio de 1959), con esta bella dedicatoria: “Al P. Ignacio Errandonea, estas preocupaciones de su tan viejo amigo, que le está hondamente agradecido, R. Menéndez Pidal”.

Mis notas por correo iban acompañadas y alternadas con asiduas visitas y conversaciones en su casita de Chamartín. En estos más de diez años, a razón de unas ocho veces por año, le fui visitando, siempre que iba a Madrid, con motivo o pretextos ordinariamente editoriales. Ni una sola vez lo dejé de hacer: anunciaba con una postal mi próxima visita.

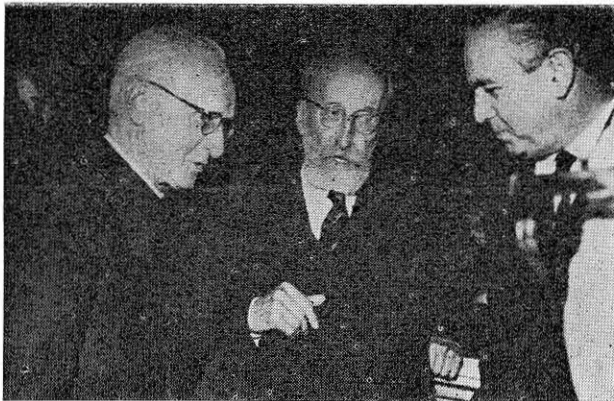
Apenas llegado, pedía hora por teléfono. Ya se sabía: “Por la tarde y después de las cinco”, hora en que, terminada la siesta, terminada también la gimnasia, que hasta el último día de salud practico, me acogía con gran afecto, que parecía siempre renovado; nos sentábamos solitos en un ángulo de su acogedora biblioteca, muy juntos el uno al otro, pues tenía uno de los oídos un tanto duro. Y era siempre él quien iniciaba la conversación favorita. “Bueno — decía —, yo ya sé a qué viene usted a mi casa: sobre nuestro asunto...».

Nunca me olvidaré de aquellos ratos de íntima comunicación, que cuanto más avanzaba, más en claro me ponía su sinceridad y deseos de acertar en su práctica estima y aceptación del Cristianismo. Lo menos en cuatro o cinco ocasiones, muy distantes entre sí, me afirmó con íntima convicción y en tono de historiador: “El Cristianismo es la única religión que ha de salvar al mundo con el tiempo, porque es la única que puede hacerlo”. Estimaba mucho a la Iglesia; y en los pasos que la veía dar en el Concilio, que él seguía con gran minuciosidad, la encontraba cada vez más santa y acertada, sobre todo en su apertura de tender la mano a cuantos hombres de buena voluntad quieren oír y aceptar su mensaje.

Esto le llevaba a manifestaciones de un catolicismo franco y sincero. Un día le pregunté si le gustaría tener un crucifijo. “Mucho — me contestó —, porque, claro está, yo he de morir cristianamente y en el seno de la Iglesia”. Se lo indiqué a nuestro común amigo don Antonio Garrigues, el actual embajador en el Vaticano, y él nos proporcionó un bellissimo Cristo de marfil. Se lo entregué en nombre de los dos, y al recibirlo me dijo: «Lo colocaré a la cabecera de mi cama, porque, ya se lo dije, yo he de morir en el seno de la Iglesia católica”. En el viaje siguiente, me llevó a su alcaoba para mostrármelo: “Ya les he dicho a mis hijos que le pongan un doselito para que destaque más”.

Por aquel tiempo, tuvo lugar su audaz vuelo a Palestina, a los noventa y cuatro años. Anduvo por los Santos Lugares con espíritu de fe. En la reseña que proporcionó a los periodistas, dijo lo que destacó el *Ya* en su número de 19 de abril de 1964: “Viendo aquellas calles y aquellos recuerdos monumentales, se comprenden perfectamente esos acontecimientos tan importantes para nosotros los católicos”. Inmediatamente le escribí para felicitarle por el valiente testimonio de fe ante un mundo que esperaba sus declaraciones.

¿Qué faltaba ya en esta ascensión de su espíritu, hasta la verdad y la fe? Realmente nada interior; sólo un paso externo, una aceptación expresa de un yugo, que ya prácticamente estaba aceptado. Pero este momento no llegaba. Yo me volvía al Norte apenado y acusándome a mí mismo de poco eficaz, de paliar mi cobardía con un presunto temor a cometer una imprudencia y romper el hilo de oro de la confianza puesta en mí por un buen amigo.



DON RAMON MENENDEZ PIDAL CON EL P. ERRANDONEA, AUTOR DE ESTE ARTICULO, Y EL PROFESOR LAIN ENTRALGO, DESPUES DE LA REUNION DE ESTUDIOS CLASICOS, EL 4 DE ABRIL DE 1961.

Así estaban las cosas, cuando nos llegó por la prensa la noticia del ataque hemipléjico que le rindió a principios de marzo último. Con la inquietud que es fácil imaginar, volé a Madrid. Inmediatamente me acerqué a la Clínica de la Concepción. Naturalmente los médicos no permitían por el momento visitas al enfermo. Afortunadamente la mía no tenía la urgencia que yo me temía para “nuestros asuntos”. Luego que los médicos se retiraron, por diligencia de su hija doña Jimena, con su prima, la señora de Galmés que la acompañaba, se había llamado a un sacerdote que le atendió cuidadosamente.

Se hizo público que estando muy consciente aunque con el habla entorpecida, se le exhortó al dolor de corazón, se le ofreció la absolución y contestó: “Sí, sí, la absolución”. Luego el Padre le ofreció la Extremaunción y contestó igualmente: “Sí, sí, la Extremaunción”. Después de unos días, cuando ya había recobrado el habla, bromeaba diciéndome: “Ese P. Ceñal, ya quería echarme al otro mundo con la Unción”.

Dio la noticia la prensa, pero muchos no la creyeron; se imaginaban una de tantas fórmulas de que repetidas veces se ha abusado. Yo deseaba una declaración más explícita, de la aceptación de la fe y de la Iglesia, más conforme con sus deseos por largos años expresados. Eso le pedía a Dios. El día de San José me llegó una carta fechada en el Pozo del Tío Raimundo que me decía por boca del P. Llanos, S. J.: «Mi querido P. Errandonea: acabo de llegar del Sanatorio de la Concepción. Dé usted gracias a Dios. Las oraciones de muchos han dado su fruto. Yo he tenido el enorme consuelo de confesar y dar el santo viático a nuestro común amigo D. R. Dios es bueno y se complace

de los buenos hijos. Le ruego la máxima discreción. En el sanatorio mismo no ha habido la menor solemnidad”.

«AHORA YA TODO SE ME HA ILUMINADO»

Una vez tomado el rumbo, nuestro enfermo quiso llevar las cosas hasta la perfección. En Madrid me enteré de que varias semanas más tarde, había pedido al Padre Llanos que le dijese una misa en su propia habitación de la clínica, y en ella, por supuesto, volvió a comulgar. Y apenas instalado de nuevo en su chalet de Chamartín, volvió a pedir otra misa y mandó que fuese en domingo, “pues quería cumplir el precepto de la Iglesia”. Así se hizo con gran alegría de todos. Le hice una visita muy breve, no quise fatigarle; estaba acostado; me acogió con visible alegría, levantando los ojos y sonriendo, me dijo:

— ¿Ve usted ahí arriba ese crucifijo? Toda la clínica sabe la historia de ese crucifijo. Nuestro embajador en Roma supo hacerlo a tiempo y bien.

Con estas emociones me volví a mi San Sebastián.

El día 5 de julio amanecí en la Corte. Pedí hora. La consabida: las cinco y media. Le encontré muy despejado. Según me dijo doña Jimena había dictado varias cartas a amistades y parientes con la misma lucidez, exactitud y justeza de estilo de sus buenos años. La entrevista, que duró una media hora, tenía a todas luces en la mente de don Ramón, el carácter de una protesta pública: “Le he llamado — me dijo — (y procuro repetir a la letra sus palabras), porque quería manifestarle que desde el año 35 yo estaba añorando la fe y las esperanzas que veía en mi hija y en mi mujer. Usted me decía que ya tenía en el fondo esa fe; pero yo no quería, no podía reconocerlo. Ahora ya todo se me ha iluminado; la iluminación me ha venido integral; ya me siento incorporado a la fe y a las esperanzas de mi mujer y mi hija, y seguro de mi gloria futura. Hasta ahora, como tantas veces le dije a usted, repetía yo el *Domine, adiuva incredulitatem meam*. Esta temporada eso ya no lo digo, sino, a lo más, *adiuva infirmitatem meam*: alivio en mis molestias corporales, y que, si es posible, se me conceda el volver a un trabajo moderado. He querido, en medio de su modestia, dar alguna solemnidad a mi acto de reconciliación con Dios, haciendo que se diga la misa en mi habitación, en domingo, como símbolo de mi adhesión a la Iglesia».

IGNACIO ERRANDONEA.

EL MAESTRO MENÉNDEZ PIDAL

I.

SU VIDA Y SUS LIBROS

El estímulo de un concurso académico enderezó hacia el cultivo de las letras el ingenio juvenil de Marco Fidel Suárez en Colombia y el de Ramón Menéndez Pidal en España: aquel para estudiar la gramática de Andrés Bello; el otro para estudiar el vocabulario y la gramática del poema del Cid. En 1892 la Real Academia Española abrió un certamen sobre el poema famoso. Menéndez Pidal, de solos 23 años, se presentó y lo ganó.

Lo de menos fue el premio; lo de más, crear una vocación y sugerirle caminos inexplorados a un investigador de primera clase.

Por la gramática y el vocabulario llegó al texto; por el problema de la lengua a los colaterales de la historia y la crítica; por las zonas de lo hispánico a la literatura comparada y a los acotamientos de lo románico y lo medieval. Obedecía así, coherente y sabio, a lo que él mismo llamó “el principio de plenitud: en un estudio, todo lo que es oportuno, urge inexcusablemente; todo lo que no hace falta, sobra”.

Acodiciado el investigador por la lengua de un viejo monumento escrito, terminó encariñado con el héroe del *Cantar* y tuvo la dicha de asegurarle a su patria que con anterioridad a don Quijote, el caballero imaginario, hubo realmente otro caballero cristiano con categoría de tipo nacional.

En 1805, el jesuíta Masdeu, historiador no desdeñable, osó decir. “De Rodrigo Díaz el Campeador nada absolutamente sabemos con probabilidad, ni aun su mismo ser o existencia”. En 1849, el orientalista holandés Dozy aplicó su erudición a destruir el mito del Cid como caballero cristiano y héroe nacional, representándolo en cambio como terrible aventurero, entre morisco y cristiano, violador de capitulaciones y juramentos, devastador de los campos de su España y verdugo de prisioneros a los que hacía quemar vivos o destrozarse de los perros. Se indignaba Dozy de que Felipe II hubiera intentado de Roma la canonización de Mio Cid. Y no podía sospechar que en las postrimerías de ese mismo siglo un español egregio iba a confirmar la realidad histórica del Campeador, a seguirlo por todas sus andanzas y correrías, a escudriñar en la multicambiante riqueza de su personalidad y de su actividad, para concluir afirmando que era “el mayor caballero del mundo entre los que reconocían sobre sí un señor”.

Los tres tomos poderosos dedicados al *Cantar de Mio Cid*; *La epopeya del Cid* (en dos grandes volú-

menes); *La epopeya castellana a través de la literatura española* y un enjambre de disertaciones y monografías sobre personaje tan apasionante y característico de la raza española bastarían para acreditar de fecunda la vida y la faena científica de un solo hombre. Con solos esos títulos Menéndez Pidal tendría para su gloria.

El restableció el poema, no sólo en su integridad literaria sino en su alcance histórico, de tal modo que al decir de Menéndez Pelayo, “ya nadie leerá en él más de lo que el señor Menéndez Pidal haya leído...”.

En don Ramón pasman tres preceas: el talento, la laboriosidad y la longevidad fecunda. Empezó escribiendo, ya como maestro consumado, cuando tenía veinte años y acabó investigando cuando cifraba en los cien. En su cosecha hay cantidad y calidad; grano limpio sin desperdicio alguno. Como filólogo y lingüista — no hay acuerdo sobre la identidad de estas designaciones — Menéndez Pidal es uno de los primeros de Europa. Merced a sus pesquisas y las de la escuela de seguidores que él promovió, la lingüística románica que en España andaba rezagada, emparejó con la italiana y la francesa.

Son libros clásicos su *Manual de gramática histórica española* y *Los orígenes del español* de consulta continua y obligada en las bibliotecas de todas las universidades.

Para Menéndez Pidal hay un principio fundamental e inolvidable: “El lenguaje es un hecho histórico, no es un fenómeno natural. No actúan en él fuerzas extrañas al individuo hablante”. De ahí que se pueda y se deba mantener un magisterio permanente de lengua para lograr que los hispano-hablantes cuiden, respeten, cultiven la suya prodigiosa. Hay que insistir, por eso mismo, en el concepto de tradición lingüística y en la participación del individuo en los procesos evolutivos del lenguaje.

Con esta tesis se eslabona su teoría sobre *La unidad del idioma* expuesta en Madrid al celebrarse en mayo de 1944 la asamblea del libro español y que tiene como lejano punto de partida la polémica sostenida en 1903 entre el atildado prosista español don Juan Valera y el sabio filólogo colombiano don Rufino J. Cuervo acerca del futuro que en América esperaba a la lengua española.

Cuervo, en su vejez teñida de melancolía, empezó a creer en la evolución fatal del idioma, regido por leyes ineludibles de naturaleza y destinado a una fragmentación como la que se verificó en la tardía latinidad para abrir paso a las lenguas romances. Valera y Menéndez Pidal sostienen que la lengua española, dispersa por tantos países incomunicados, tiende más bien hacia la unificación y ésta puede procurarse y accele-

rarse gracias a los inventos de la técnica, a la radio-difusión, a los vehículos transmisores del pensamiento y del lenguaje. "Todo idioma, recuerda Menéndez Pidal, aun el más rústico e inculto, procura normas de fijeza, cuánto más un idioma de larga tradición". Además, a robustecer nuestra confianza en el poder de la voluntad correctiva viene el hecho de que "los medios disponibles para propagar las normas lingüísticas son hoy increíblemente superiores a los de antes".

Dados los avances de la ciencia y de la técnica, parece no lejano el día en que, valga el ejemplo, desde Madrid se retrasmitan cada mañana, para su directa e inmediata impresión en las páginas de los periódicos suramericanos, planas enteras de colaboraciones de escritores de todo el mundo hispánico residentes en esa capital. Entonces se tornará más fácil la unificación idiomática y quedará triunfante la tesis de don Ramón. A éste, por sabio, le repugnaba la fanfarronada o "infeliz ocurrencia" de Clarín: —¡Los peninsulares somos los amos del idioma!

—¡Qué vamos a ser los amos! contesta don Ramón. Seremos los servidores más adictos a ese idioma que a nosotros y a los otros, a los de América, señorea y pertenece por igual y espera de cada uno acrecimientos de señorío.

Al estudiar los romances Menéndez Pidal se interesó por los que emigraron a estas tierras de la hispanidad en la memoria de los conquistadores y colonos. El mismo, en alguna carta, recordaba que su maestro don Rufino Cuervo había oído un romance relativo a Bernardo del Carpio recitado por un espolique en travesías por los caminos de los Andes. ¡Cuánta poesía hay en esta emigración de los cantares del pueblo y de los héroes de la Madre Patria a los pueblos nacientes en la otra ribera! De esta suerte, a España nos unen los crucifijos y los rosarios, ¡pero también las coplas y los romances que cantaban los conquistadores, en las tertulias nocherniegas, al amor de las hogueras con que ahuyentaban al mosquito y a la feroz alimaña! Y emociona igualmente ver cómo el sabio y el erudito que rebusca en los archivos de la culta Europa sale a pesquisa de romances viejos por estas tierras de la Hispanidad. Por todo ello, el tránsito del maestro Menéndez Pidal ha puesto melancolías en el corazón de los que conocemos su española ecuménica.

II.

MIS RECUERDOS DE MENENDEZ PIDAL

En septiembre de 1944 un joven sacerdote de Antioquia vecindaba en Madrid por beneficio y regalo de los altos ciclos. Y entre sus ilusiones figuraba, en primer puesto, la de conocer y saludar al maestro don Ramón Menéndez Pidal, cuyo *Manual de gramática histórica española* había consultado asiduamente.

Una noche de un jueves de octubre, de ese mismo año, el sacerdote se apostó en la puerta del Palacio de la Real Academia y esperó a que terminara

la sesión ordinaria. Sabía que el maestro era puntual asistente y cumplido académico. A poco, en efecto, le estrechaba la mano. No era de excesiva estatura; más bien magro, la cara sonrosada; los ojos vivos, sencillamente amable. Cuando supo que uno era colombiano, sonrió y me habló en seguida de "mi inolvidable maestro don Rufino Cuervo". Y añadió que le interesaban libros colombianos sobre coplas, romances, lenguaje del pueblo.

Menéndez Pidal me dejó la sensación de la bondad y de la cortesía española sin refinamientos empalagosos.

El llamaba maestros a don Rufino, el filólogo de Bogotá, y a don Marcelino Menéndez Pelayo, el que lo había recibido, con encarecidas alabanzas, en la Real Academia. Era tan modesto como sabio. Y gozaba en reconocer las aportaciones eruditas y científicas de los predecesores. Refiriéndose a la creación literaria, decía en su prólogo a una antología de cuentos:

«La originalidad de Shakespeare no se amengua un ápice por que todos y cada uno de los episodios de Hamlet provengan de una vieja narración. Todo engendro y parto supone detrás de sí un interminable abolengo y el autor más original tiene enorme deuda con el pasado de la colectividad en que vive».

La ciencia y el arte se suceden en cadena. También don Ramón formó escuela de filólogos e historiadores. Entre sus incursiones por el campo de las letras tuvo ejercicios y hallazgos de estilística. ¡Qué delicia leer su estudio sobre la prosa de la Madre Teresa de Jesús! En el siglo XVI, dice, primero de nuestra edad de oro literaria, domina una norma de sencillez y naturalidad en el lenguaje, seguida por todos los principales escritores de entonces. Dentro de esa norma Santa Teresa adopta una posición extrema particularmente notable por su máxima espontaneidad. Uno de sus encantos es el uso de los diminutivos con matizadas delicadezas; otro el de sus metáforas y comparaciones.

En el campo de la estilística, lleno de agradables sorpresas y de inasequibles misterios, Menéndez Pidal cuenta como discípulos a Dámaso Alonso, Carlos Bousoño, Zamora Vicente, ya egregios.

Se ha comparado a Menéndez Pidal con Menéndez Pelayo. Tocó a este polígrafo asombroso, ya en los resplandores de su atardecer prematuro, recibir al joven investigador en la Real Academia, en 1901. Y dijo de él:

«Hasta Menéndez Pidal todos nosotros no eramos otra cosa que aficionados a la ciencia; el verdadero hombre de ciencia es él».

En realidad sabios y grandes los dos. Menéndez Pelayo representa para el hombre español el señorío de la crítica literaria y la erudición histórica de su siglo; Menéndez Pidal es el adelantado de la filología y la investigación acordes con las técnicas y avances más modernos. Menéndez Pelayo fue la síntesis, la adivinación, el sedimento poético, el horizonte ilimitado. Menéndez Pidal ha sido la investigación espe-

cializada y minuciosa, el análisis de los textos sometido a un proceso ciudadano, primero del aspecto paleográfico; luego del lingüístico, después del literario y, por último, del histórico. En la obra de Menéndez Pidal hay precisión y vigor, hay obediencia a una concepción unitaria de cada problema estudiado.

Difieren los dos Menéndez en la calidad de la prosa. La de Menéndez Pelayo, animada de calidez cráterica y de chispazos poéticos; la de Menéndez Pidal, fría, sobria, desnuda, como una especie de escolar de las letras.

En 1955, al conmemorarse en sesión íntima de la Real Academia Española el centenario natalicio de Marco Fidel Suárez, Menéndez Pidal evocaba los años lejanos de 1892 a 1896 en que comenzó a sonarle con prestigio el nombre de Suárez gracias al colombianismo de Antonio Gómez Restrepo, entonces secretario de la legación colombiana. En la tertulia dominical que se tenía en la casa de Menéndez Pelayo, Gómez Restrepo les hablaba con elocuencia y cariño del triunvirato "que en aquellos tiempos mantenía el prestigio cultural de Colombia en todo el mundo hispánico: Caro, Cuervo, Suárez", cuyo *Ensayo sobre la gramática de Bello* fue incluido en la madrileña Colección de Escritores Castellanos ya en 1885 y consultado con fruto por el entonces joven filólogo. Menéndez Pidal, en su breve elogio, pondera la agudeza, erudición y doctrina de don Marco y termina llamándolo "insigne literato y gran patricio".

De esa noche académica inolvidable conservo fotografías preciosas.

Otro día me llegué a su casa a entregarle unos librillos colombianos de contenido folclórico; los hojeó con curiosidad, me prometió leerlos y sacar papeletas y me rogó que le escribiera en las cubiertas interiores de dichos librillos la procedencia o comarca natal de los autores, pues "usted sabe —decía— la importancia de precisar y definir las áreas lingüísticas para el mejor estudio de estos fenómenos del idioma".

En abril de 1957, al anunciarme recibo del libro *Ensayos y semblanzas*, volvía a manifestar su alto aprecio de don Rufino: "Leí —me decía— con doble interés lo que usted dice de Cuervo, ese hombre de gran virtud en la vida ordinaria y en la vida científica".

Algún día pude asistir en Madrid a un homenaje de cumpleaños rendido por la flor de los intelectuales al maestro admirado. Quedaba uno sorprendido al ver su entereza de salud, su lucidez mental, su benevolencia inagotable. En la breve respuesta recordó sus andanzas por sierras de Asturias y pinares de Castilla para concluir aludiendo con melancolía a su vida de anciano: "Lo de uno, a estas alturas de la vida, es andar, andar sin esperanza". Tal vez se refería el sabio a la escasa perspectiva que, dados sus años, le quedaba para tanta obra proyectada. Pero uno, en lo hondo del alma le estaba pidiendo a Dios que este sabio, con el cerebro redundante de sabidu-

ría, tuviera también el corazón habitado por la cristiana y la celeste esperanza.

Una tarde, un círculo de universitarios me invitó a participar en una mesa redonda sobre el famoso prólogo de Menéndez Pidal a la *Historia de España* titulado *Las dos Españas*. Comentaba el epitafio fingido por el pesimismo de Larra —"Aquí yace media España; murió de lo otra media"—, la insólita vehemencia de las ideologías políticas que separa a unos españoles de otros y propiciaba ideas de convivencia, hermanadoras de la tradición con la renovación. Menéndez Pidal fue siempre sereno y equilibrado en sus ideas, que tampoco escondió. Uno recuerda cierto mínimo episodio simpático y significativo. En la sesión preliminar del inolvidable Congreso de Academias reunido en Madrid, antes de que por aclamación fuera nombrado presidente, coincidiémos en la misma hilera de sillones un académico paraguayo, el maestro don Ramón y el que esto escribe. El paraguayo se levantó de repente, diciendo: "perdone, maestro, lo he dejado a la izquierda". "No se inquiete, respondió sonriendo, ése es el lado que me ha gustado siempre". Sea lo que fuere, sus virtudes, su benevolencia, su laboriosidad incensante y su amor a la naturaleza procedían de un auténtico fondo cristiano y evangélico. Y ahora muerto, ya, su haber y su gloria le pertenecen a la totalidad de España.

CARLOS E. MESA.



REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA

La Real Academia Española acordó expresar a V.S. su profundo reconocimiento por la publicación por ese Instituto Caro y Cuervo de la obra titulada "Ramón Menéndez Pidal y Rufino José Cuervo. Correspondencia epistolar" en homenaje póstumo al que fue venerado Director de esta Corporación, don Ramón Menéndez Pidal.

Dios guarde a V.S. muchos años.

Madrid, 10 de abril de 1969.

El Secretario

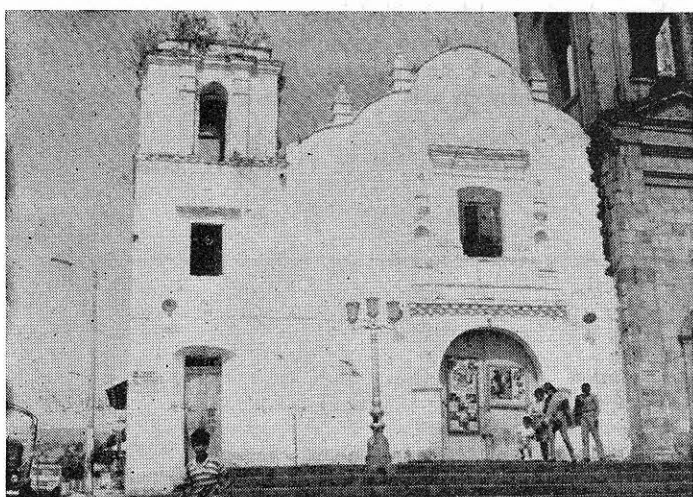
Sr. Director del Instituto Caro y Cuervo, Dr. D. José Manuel Rivas Sacconi.

ENCUESTA

PARA EL ATLAS LINGÜÍSTICO



La antigua y la nueva iglesia. Obsérvese el contraste entre los dos estilos.



La antigua iglesia, de noble estilo, infortunadamente transformada hoy en sala de cine.



Vista parcial de la población en su calle principal.

Prosiguiendo con el trabajo de terreno para el Atlas Lingüístico-Etnográfico de Colombia los miembros del Departamento de Dialectología del Instituto Caro y Cuervo realizaron una encuesta en La Mesa los días 5, 6 y 7 de septiembre de 1969. La población fue fundada hace aproximadamente doscientos años (según reciente texto de geografía de Cundinamarca, aunque en algún sitio de la localidad puede verse una placa que habla de 444 años de progreso de La Mesa); está situada en una meseta — de ahí deriva su nombre — al occidente de la Cordillera Oriental de los Andes colombianos; tiene clima medio, algo insalubre, según dijeron algunos vecinos y como pudieron observar los exploradores del Atlas por el aspecto de muchas personas, especialmente niños (se adivina que abundan la anemia y el parasitismo intestinal).

La arquitectura es muy heterogénea (contrasta con la de Guaduas, que todavía es muy homogéneamente de estilo español). Al lado de la antigua iglesia o capilla de Santa Bárbara — patrona de la población — se yergue majestuosa la nueva iglesia. Hay un bonito parque, y la espaciosa calle principal está ya pavimentada; las demás calles todavía no, y cuando los exploradores del Atlas visitaron la población — en tiempo de verano, con gran sequía, escasez de agua, de leche y de pastos para el ganado — por la mayor parte de la localidad había mucha polvareda, y la vegetación estaba medio marchita.

El clima de la población es templado, y al bajar por los fuertes declives laterales de la angosta y larga meseta — por ejemplo hacia San Javier y Mesitas del Colegio — el calor aumenta. Hay en el municipio tres corregimientos: San Javier (estación del tren que va de Bogotá a Girardot), San Joaquín y La Esperanza. Cultivos propios de La Mesa son el café, la caña de azúcar, el plátano, la yuca, el maíz, el fique, frutas tropicales, etc. Los campesinos cultivan también orquídeas (catleas,

EN LA MESA

Y ETNOGRAFICO DE COLOMBIA

que ellos denominan “lirios”), las cuales venden en el pueblo y de aquí los compradores las envían a Bogotá.

El municipio depende eclesiásticamente de la diócesis de Girardot. Con esta población y con Bogotá y otras localidades de Cundinamarca está comunicada La Mesa por carretera y por ferrocarril, y con las mismas se realiza la actividad comercial, que es notable, aunque —según se afirma— fue mucho mayor a comienzos del presente siglo, cuando la población era importantísimo centro para el intercambio de productos de tierras frías (pueblos de Boyacá y Sabana de Bogotá) y tierras cálidas (valle del río Magdalena, en el sector del Tolima y el Huila).

Cuenta D. Rafael Eduardo García Luque (en *El Halcón*, La Mesa, núms. 5, 7 y 10, año de 1969) que en La Mesa los días lunes, martes y miércoles valía la pena ver y oír a los sabaneros con su típico lenguaje y sus vestidos sucios y gruesos de mantas de Samacá — los de baja categoría — y los de alta con vestidos de paño negro, camisas de cuello duro, almidonado, arrugado y sucio por el sudor, alternando con los calentanos, de vestidos livianos, claros y limpios, que hablaban con otro vocabulario y un dejo cadencioso. Los sabaneros cargaban sus partidas de caballos peludos y algunas mulas sin valonar, con cacao, arroz, panela ibaguereña, frutas tropicales, azúcar (compactada en forma de conos, que se fabricaba en algunos trapiches de La Mesa y miel “mesuna”. Los calentanos en magníficas y bien presentadas mulas llevaban para sus localidades sal de terrón, papa, harina y frutas de tierra fría.

Muchas personas tenían el negocio del transporte a lomo de mula entre La Mesa y Honda. Además, en el trabajo de los trapiches y en el transporte domaban muleros que luego vendían a los antioqueños y a los santandereanos, que continuamente solicitaban estos animales.



Una esquina del parque.



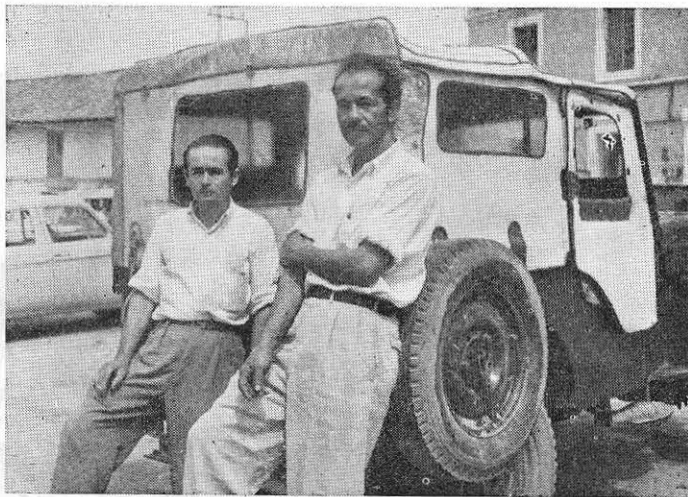
Amplia casa en una de las esquinas adyacentes al parque.



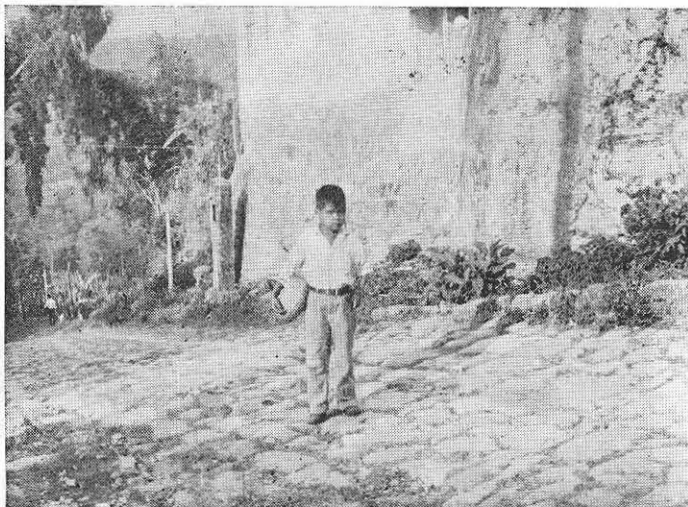
Diversos estilos de casa en el camellón central.



L. Flórez y J. Figueroa en el patio de la casa de unos informantes.



Dos informantes interrogados por Luis Flórez.



Restos de un camino de piedra, que fue muy transitado antes de haber carretera y ferrocarril.

El maíz y la miel de La Mesa eran muy codiciados, pues eran la materia prima para la fabricación de chicha, que consumían en grandes cantidades los habitantes de Cundinamarca y Boyacá. El maíz de tierra fría no se consideraba bueno para preparar dicha bebida. Había muchos trapiches y se vendía miel en grandes cantidades. Esto trajo como consecuencia la fabricación de zurrone de cuero de res para envasarla, y con tal actividad se beneficiaban muchas personas, incluyendo los matarifes de ganado.

La plazuela de la papa, que así se llamaba, y las casas aledañas permanecían llenas de este tubérculo, con el cual se surtían comerciantes del Tolima y de la provincia de La Mesa.

Otro negocio importante era el de cerdos gordos. Los matarifes de Bogotá iban en gran número a proveerse de ellos, los llevaban por tierra hasta Madrid y desde ahí a la capital los trasportaban en el tren de la sabana.

Los negociantes eran muy honorables: no se usaba papel sellado; la palabra empeñada era como una escritura registrada.

Como diversiones para "la sociedad" se hacían paseos a caballo a los ríos Apulo y Bogotá, y elegantes bailes en que se comían y bebían artículos extranjeros. Una o dos veces por año había también fiestas de toros, muy animadas y concurridas no solamente por los "mesunos" sino también por habitantes de los pueblos vecinos. En esos tiempos no había entre La Mesa y Bogotá ferrocarril ni carretera. Cuando estos se construyeron empezó la decadencia comercial de la población. Y más cuando el Gobierno Nacional prohibió la fabricación de chicha y se acabó el mercado de miel (hasta aquí el señor García Luque). No obstante, como ya se dijo, los exploradores del Atlas notaron en septiembre de 1969 actividad comercial relativamente considerable. Quedan también, avciados en el municipio de La Mesa, tolimenses y huilenses, así como viejas familias notables (la de apellido Guarnizo, por ejemplo). Y quedan casas de arquitectura tradicional española, entre las muchas de diverso tipo que se levantan hoy por doquier.

En el transcurso de la encuesta se vio bastante miseria en las condiciones materiales de la vida humana, miseria impresionante (como existe, desde luego, en muchas partes de Colombia).

Para el interrogatorio lingüístico la gente de La Mesa se mostró accesible. Como primera observación respecto de los materiales recogidos puede advertirse que no hay —al parecer— fenómenos particulares o especiales en el sector de la pronunciación: la “s” es predorsal, hay distinción de “ll” y “ye” (con algunos casos de relajación). Otros hechos fonéticos gramaticales y léxicos se examinarán posteriormente, con detenimiento y en comparación con los de las veinte poblaciones de Cundinamarca exploradas hasta ahora por miembros del Instituto Caro y Cuervo para el Atlas Lingüístico Etnográfico de Colombia.

En el sector de la onomástica cabe hacer desde ahora algunas rápidas observaciones. Son apellidos frecuentes en las listas catastrales: Castañeda, Caviedes, Díaz, Forero, García, Galindo, González, Gutiérrez, Hernández, Martínez, Melo, Molina, Moreno, Muñoz, Pérez, Roa, Rodríguez, Rojas, Romero, Sánchez, Sosa, Torres, Varón y Vargas. Con nombres españoles como Borbón, Cáceres, Cervantes, Panadero, Feo, Lugo, Rodríguez, Salamanca y Salinas se mezclan algunos indígenas de América: Bojacá, Cajamarca, Cogua, Cucaita, Chipategua, Forigua, Fiquitiva, Firavitoba, Macana, Paipa, Paiba, Quincos, Quicazaque, Sichaca, Toquica, etc. En la toponimia menor abundan nombres del santoral católico (igual que en muchos municipios de Colombia), así como nombres de países y de ciudades y lugares de otras naciones y otros continentes.

Según costumbre, además de las respuestas al cuestionario escrito que llevaban los exploradores del Atlas, se recogieron informaciones complementarias en cinta magnetofónica y se tomaron fotografías. Muestra de éstas son las que ilustran la presente información.

El Dr. Luis Flórez, el Dr. Francisco Suárez Pineda, la Licenciada Jennie Figueroa y el Profesor José Joaquín Montes expresan públicamente gracias muy cordiales a todas las personas que de una u otra manera colaboraron al éxito de la misión de estudio cumplida por ellos en La Mesa. El agradecimiento es ante todo para los funcionarios de la Administración Municipal (entre ellos la señorita Tránsito, Secretaria del Alcalde) y el Dr. Luis Arturo Baquero Correal, en cuya droguería una simpática dama obsequió a L. Flórez con una colección del periódico local *El Halcón* (del cual se han extractado diversas y oportunas in-



Adornos murales en la sala de recibo de una casa de familia.



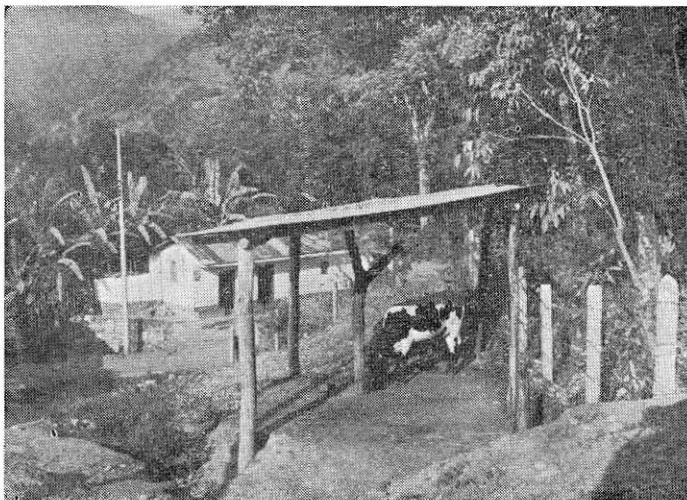
Vista parcial del cementerio.



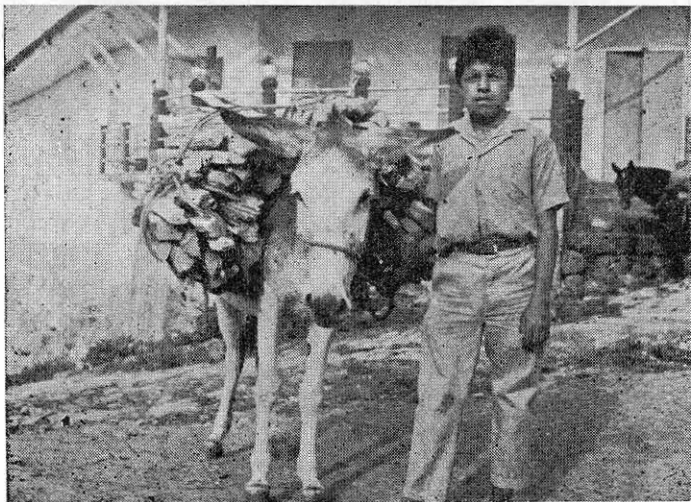
Parte de una cancha de tejo. Los 4 puntos blancos en el suelo son “mechas” de pólvora e indican dónde está el bocín.



Venta de vasijas de barro y totumas.



Matadero en S. Javier: amarrada al botalón, una res para sacrificar.



Transporte de leña, combustible doméstico de uso corriente aún.

formaciones para este artículo). No está demás recordar que las encuestas para el Atlas en Cundinamarca se han venido realizando con el patrocinio del respectivo Gobierno Departamental.

Como información complementaria de valor histórico acerca de La Mesa transcribimos los siguientes apartes de la obra de D. Medardo Rivas, *Los trabajadores de tierra caliente: reminiscencias*, Bogotá, Imprenta y Librería de M. Rivas, 1899, págs. 37-45:

LA MESA ANTIGUA (mediados del siglo XIX):

La Mesa de Juan Díaz era un poblachón de enramadas de paja mal construídas, a lo largo de una calle que atravesaba la plaza desierta siempre, y se prolongaba hasta la quebrada de La Carbonera, habiendo entre casa y casa, siembras de plátano y de yuca, que le daban al lugar un aspecto de primitivo salvajismo.

Fuera de la calle principal no había a uno y otro lado sino el campo abierto, y una que otra choza sin paredes, habitada por mendigos o gentes del campo que cuidaban cerdos; y no había en La Mesa ni una posada, ni un hotel donde pudiera detenerse el viajero.

No se mataba entonces ganado en el lugar; la carne que se consumía bajaba de la Sabana en cecina, o venía de Neiva en forma de tasajo, en largas tiras muy angostas de carne seca, que se vendía por varas y, por varas se distribuía en raciones.

El mercado que, como en casi todos los pueblos, era el domingo, se reducía a la venta de esta clase de carne, que se exhibía en talanqueras; infinidad de cerdos traídos de Tocaima, que se vendían en la misma plaza; *rejos de enlazar*, y la loza que del Espinal traían para la cocina de los trapiches. No iban papas ni legumbres de la Sabana, pues nadie las consumía, ni tampoco se vendían plátanos ni frutas de tierra caliente, porque todos los cultivaban en sus establecimientos.

Referimos este hecho no como importante sino como curioso:

El mercado, como ya dijimos, era el domingo, pero los sabaneros empezaban a llegar el sábado para adelantarse a vender sus artículos. Todos siguieron su ejemplo, y el mercado se fijó en sábado. Entonces desde el viernes por la tarde viéronse llegar sabaneros; imitaronlos otros, y el mercado quedó en viernes. Fueron adelantándose los sabaneros, adelantóse el mercado, y ya está en miércoles. Adelantándose siempre, pronto volverá al domingo.

LA MESA MODERNA (todavía en la segunda mitad del siglo XIX):

Es preciso llegar ahora de noche a La Mesa para gozar de sus atractivos y de su actual adelanto.

A entrambos lados del camino una no interrumpida serie de casas arrojan por las puertas y ventanas torrentes de luz que iluminan los árboles, que, como en un boulevard, están sembrados en toda la extensión de la ciudad, a la que dan un aspecto civilizado y risueño.

La atmósfera está embalsamada por los azahares y rosas que forman la alameda. Los acordes de un piano que salen de una casa, cuyos balcones están abiertos, sorprenden al viajero con las melodías de Beethoven, o el ruido de las bolas de un billar, que iluminado se muestra al público, distraen su atención.

Así llega el viajero a la extensa plaza, rodeada de casas de teja, altas y de mampostería, teniendo al frente una famosa catedral en construcción, y en la mitad una pila elegante.

Por todos lados hay calles con casas y tiendas iluminadas, que se pierden a lo lejos; y al descender de la plaza, la alameda se hace más espesa y es aclarada por famosos reverberos.

La Mesa aparece por la noche como un pueblo de hadas; y el viajero, sorprendido y encantado, va a descansar en un buen hotel.

Al amanecer, el ruido de las recuas de mulas que llegan de la Sabana; el mugido de los ganados que entran de tierra caliente, el bullicio y la algazara de los conductores de víveres, el alboroto que los buhoneros hacen para armar sus toldas; y ese rumor que se escucha en las grandes ferias, donde la multitud se agita, tan parecido al ruido de las ondas del mar, despiertan al viajero, que queda deslumbrado por el hermoso sol de la mañana y que se siente feliz en esa atmósfera de perfumes de una naturaleza virgen.

Ya ha empezado la gran feria.

En la parte alta de la ciudad se hacen las transacciones de miel, panela y maíz; y los sabaneros, gordos, colorados, barbados y pequeños, con sus largas ruanas de lana, sombreros jipijapas, y llevando en la mano cortos arreadores, se preparan para cargar las mulas con los productos de la tierra caliente.

En la plaza se expenden los víveres y las frutas. Todo cuanto la Sabana produce en su inagotable fecundidad, allí se encuentra; y todo cuanto hay de maravillas en la naturaleza tropical, allí se vende.

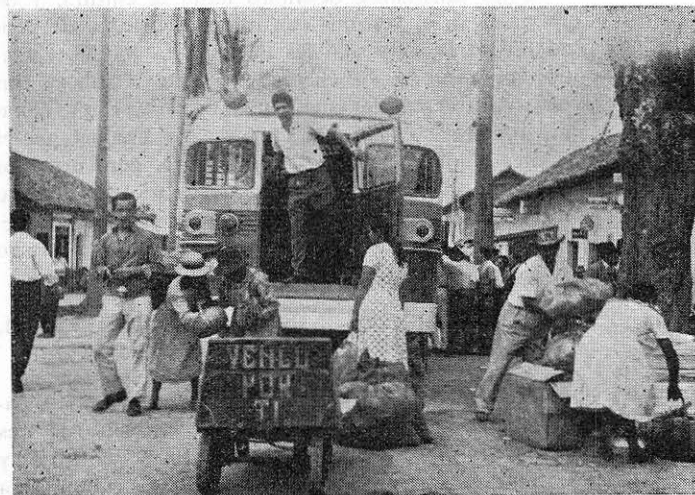
Montañas de naranjas, pirámides de patillas y melones, sabanas de cuscus aromáticos y provocativos, cerros de plátanos amarillos como el oro; guayabas en profusión; ciruelas exquisitas y dulces; y como en el jardín de las Hespérides todas las frutas que provocan y excitan.

Allí concurren los hacendados de los alrededores a proveerse; los habitantes de la ciudad a hacer semana, y las señoras a recrearse. Como en La Mesa no ha entrado la maldita mantilla, la variedad de trajes de color forma un conjunto abigarrado y precioso; y no dejan de verse señoritas que con elegantes sombreros o sombrillas a la mano, van a comprar frutas y a lucir sus encantos.

De la plaza para abajo, como en inmenso bazar, están extendidas en la calle, y aprovechando la sombra de los árboles, las tiendas ambulantes donde se venden monturas y todas las cosas necesarias a los hombres: los tendales, donde los *mercachifles* y



Venta de objetos varios en la calle, el día de mercado.



Campesinos llegando al mercado.



Campesino con su mercado, de regreso a su finca.

chucheros expenden joyas falsas, lienzos, juguetes, espejos, tijeras, hilo, agujas, y todo lo que las mujeres necesitan; y se ve a las campesinas, absortas, contemplando los mil dijes, tras los cuales se les van los ojos, y que quisieran llevárselos todos para sus casas.

Más abajo, pero en la misma calle, está el reino de los calentanos, en donde se vende el cacao venido de Neiva, que en grandes zurrone de cuero está a la vera de la calle; o el arroz de Cunday, o el tabaco de Ambalema; allí se ven figuras largas, pálidas, escuálidas, y hombres vestidos de blanco, con un sombrero alón de caña, que sin alboroto ni impaciencia aguardan a los compradores [...].

Más lejos, allá junto a la quebrada de La Carbonera, está el infierno suelto, y produce un ruido espantoso, como de cataratas que se desprenden, de campanas que repican, de clarines gigantescos, de chirimías diabólicas, y son las pjaras de cerdos que allí están acorralados contra la quebrada, y que se venden para llevar a Bogotá.

Unos calentanos, desnudos hasta la cintura, y de ahí para abajo vestidos con calzones blancos de lienzo ordinario, que sólo les llegan a la rodilla, calzados con *quimbas* de cuero, y cubierta la cabeza con unos sombreros de paja, cuya copa se eleva como un inmenso cubilete: los unos de piel azulosa por el carate, los otros con un enorme *coto*, pero armados todos de un largo zurriago, y atravesado del hombro a la cintura un rejo de enlazar enroscado, son los dueños de los marranos, quienes jamás entran al centro de la población.

Sobre los trapiches de uso corriente en La Mesa, observa D. Medardo Rivas:

El trapiche es la máquina primitiva inventada para extraer el jugo de la caña: se compone de tres ruedas de madera dentadas y unidas, y que giran y se mueven, porque la del medio está comunicada con un mayal o viga, de la cual tiran, en un círculo continuado, dos mulas, arreadas por un muchacho

casi desnudo, sucio y asqueroso. Esta máquina está colocada en el centro de una enramada pajiza, descubierta por todos lados, y a la cual traen en mulas escuálidas y flacas, del inmediato cañaveral, la caña ya preparada para meter al trapiche [...].

En un extremo de la enramada, como las calderas del diablo donde deben cocinarse los condenados, la miel se cocina y hierve a borbotones, y es agitada y descachazada por un hombre casi desnudo, enmellotado, mugroso, que más parece un monstruo de la selva que un ser humano; y la descachaza por medio de una totuma agujereada y atada al extremo de una larga vara. Como Satanás, él se pasea en medio de los fondos, envuelto en humo y pisando el suelo encendido.

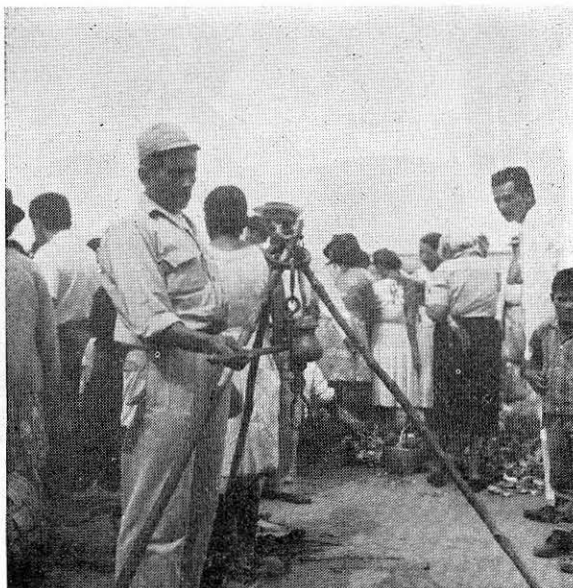
Sentadas a uno y otro lado del trapiche, sobre masas de la máquina ya inútiles, dos mujeres van metiendo en medio de las ruedas la caña para moler; y eternamente cantan algo triste, monótono, melancólico, que apena el corazón.

El trapiche anda lenta y trabajosamente todo el día y gran parte de la noche, eternamente crujiendo y lanzando quejidos; los gritos del mayalero arriando las mulas no cesan, las trapicheras cantan triste y melancólicamente, y los relinchos de las bestias mantienen el trapiche en continuo bullicio; pero a la oración el trapiche se para de repente, todo ruido cesa en un momento, los peones se descubren y el mayalero grita con voz solemne:

El ángel del Señor anunció a María y concibió por obra y gracia del Espíritu Santo.

Los peones contestan rezando el Ave María; y después de haber gritado por tres veces: ¡San Jerónimo! ¡San Jerónimo! ¡San Jerónimo! el trapiche sigue crujiendo y las tareas continúan hasta muy tarde de la noche.

Hasta aquí los interesantes apuntes del Sr. Rivas, que servirán a muchas personas para comparar La Mesa de 1969 con la de hace ochenta y cien años.



“Romana” instalada en el mercado.



Venta de anones, zapotes y plátanos.

EL «ANUARIO BIBLIOGRAFICO COLOMBIANO»

Presentamos en esta página el *Anuario bibliográfico colombiano* correspondiente a los dos últimos años: 1967 y 1968. Con este nuevo volumen se pone al día la información sobre la producción intelectual de Colombia.

Este tomo, noveno de la serie, consta de xvi páginas preliminares y 348 de texto y representa el esfuerzo del Instituto para dar a conocer oportunamente el registro más completo y sistemático de todo lo impreso en Colombia.

Refiriéndose a la penúltima entrega, el *Handbook of Latin American Studies* (núm. 30, Gainesville, University of Florida Press, 1968, págs. 11-12) dice:

Latest annual volume of this national bibliography, begun in 1951. Entries are arranged by Dewey Decimal Classification; an author index is included. A very useful source to as current a Colombian national bibliography as possible to date.

Acerca del volumen que hoy ofrecemos, la prensa de Bogotá publicó algunos comentarios.

El Siglo (28 de septiembre de 1969):

El Instituto Caro y Cuervo entrega el tomo noveno del *Anuario bibliográfico colombiano*, bautizado *Rubén Pérez Ortiz*, en homenaje al paciente trabajador del ramo.

Como lo destaca la nota liminar, Colombia es quizá el único país de Hispanoamérica que presenta con mayor regularidad su labor bibliográfica.

Este volumen se ha enriquecido con la adición de numerosas fichas analíticas de publicaciones periódicas extranjeras que tratan temas colombianos. Comprende 1967-1968.

La compilación que recibe el justo aplauso, estuvo a cargo de Francisco José Romero Rojas. La edición se hizo en la Imprenta Patriótica del Instituto, una de las instalaciones oficiales que cumplen real y excelentemente su cometido.

El Tiempo (5 de octubre de 1969):

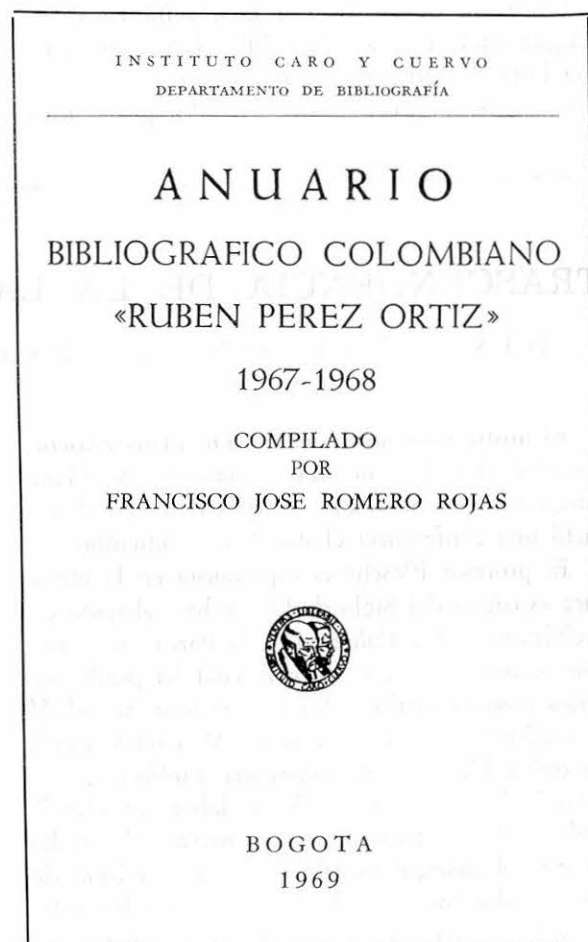
Excelente servicio el que les viene prestando a los investigadores y a los estudiosos de Colombia y del mundo el Instituto Caro y Cuervo, con la publicación del *Anuario bibliográfico colombiano "Rubén Pérez Ortiz"*, cuyo más reciente volumen — correspondiente a la actividad nacional en los años de 1967 y 1968 — acaba de salir de la Imprenta Patriótica. Compilado por Francisco José Romero Rojas en memoria de quien consagrara su vida y su talento a estos estudios de divulgación, este *Anuario* es un extraordinario esfuerzo de superación, llamado a tener un sitio de privilegio en todas las bibliotecas y en todos los centros de estudio, como una presencia colombianista en lo que se refiere a la actividad creadora.

El vacío existente en obras de esta naturaleza, y que el Instituto Caro y Cuervo está colmando con un rigor

y una densidad derivadas de su severa organización de trabajo, encuentra en publicaciones como la que reseñamos un excelente vehículo de publicidad para el país intelectual. Porque si a Colombia se la desconoce en tantos países es, justamente, porque en esos mismos países no se tienen materiales de trabajo sobre ella al alcance de la mano.

De ahí la utilidad de obras como esta, completo índice de una actividad intelectual que abre el camino para una mejor visión sobre Colombia, al facilitar en una forma científica y actualizada, un fichero sobre lo que en materia de publicaciones se hace en el país. Como tarjeta de presentación de un pueblo en materia de actividad mental, no existe ninguna otra que la supere. Ni siquiera que la iguale. Es lo menos que puede decirse al respecto.

Damos nuestro sincero agradecimiento a las entidades que facilitaron al compilador del *Anuario* la revisión de sus fondos bibliográficos, y a los editores e impresores que, en cumplimiento del Decreto 2840 de 1961, se dignaron enviarnos sus publicaciones.



EL PROFESOR JULIO CESAR MORALES

(Zipaquirá, 7 de abril de 1924 — Armenia, 2 de octubre de 1969).

Decir que la muerte de Julio César Morales constituye una "pérdida irreparable" nos parece tan lugar común, que no quisiéramos emplearlo en esta dolorosa ocasión. Quitémosle, sin embargo, el deslucimiento y el convencionalismo producidos por el uso y no encontraremos nada más exacto para expresar la trágica verdad. Porque con su inesperada y súbita desaparición todos los que a él estábamos vinculados, personas e instituciones, hemos perdido algo que no será fácilmente reparable: su familia, al padre y esposo amantísimo; sus amigos, al hombre generoso y noble; sus colegas, al eficiente y sabio profesor; sus discípulos, al insuperable maestro, y las instituciones docentes en que trabajaba, al competente y eficaz funcionario.

A sus cuarenta y cinco años, en plena madurez productiva, tras una dedicación tenaz y fervorosa de 20 años a la enseñanza de la lengua materna, nos deja Julio César una limpia hoja de vida que comienza en 1948, cuando obtiene la licenciatura en filología e idio-

mas en la antigua Normal Superior de Colombia y termina en este luctuoso 2 de octubre, en que fallece repentinamente al servicio de la Universidad del Quindío, en Armenia. En Manizales había desempeñado también diversos cargos docentes y había llegado hasta la Decanatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Caldas; en el Ministerio de Educación había sido Inspector Nacional de Bachillerato.

Su minucioso conocimiento de la lengua y la literatura española e hispanoamericana, su aguada sensibilidad por las cosas atinentes a la cultura universal, pero, por sobre todo, su actuante vocación de maestro, nos dejan una lección perenne, un comprometedor ejemplo y un recuerdo imborrable.

El Instituto Caro y Cuervo y el Seminario Andrés Bello, centros a los que él se sentía profesional y sentimentalmente ligado, se asocian a este duelo nacional y hacen llegar a su dignísima familia una cálida voz de condolencia.

TRASCENDENCIA DE LA LABOR DE R. MENENDEZ PIDAL

DISERTACION DEL PROFESOR HANS FLASCHE

El ilustre hispanista alemán, Dr. Hans Flasche, Director del Instituto Iberoamericano de Hamburgo, visitó el Seminario Andrés Bello, en el que dictó una conferencia el día 29 de septiembre.

El profesor Flasche es especialista en la literatura española del Siglo de Oro y ha trabajado especialmente sobre Calderón de la Barca, cuya obra conoce como pocos y sobre la cual ha producido serios ensayos críticos. En esta ocasión se refirió el conferenciante a D. Ramón Menéndez Pidal, de quien hizo una documentada semblanza, destacando la trascendencia de su labor histórico-filológica. Se concretó luego a comentar el estudio en que el maestro español hace una división de los períodos literarios del Siglo de Oro basándose en las características de estilo de algunos escri-

tores de esa época. Manifestó el Dr. Flasche su discrepancia de opinión con la del gran filólogo, fundada en el hecho de que este tomó para su clasificación sólo las características de algunos autores sin atender a otros aspectos, a veces antagónicos, que se dan en escritores del mismo período cronológico pero a quienes no es posible aparejar por sus procedimientos estilísticos. Así, por ejemplo, el barroquismo prematuro de Guevara nada tiene que ver con la sencillez y claridad de Juan de Valdés, ni la llaneza de una Sta. Teresa se puede equiparar con el arte minucioso y la elaboración de una prosa como la del Fray Luis de León. Las observaciones del Profesor Flasche suscitaron interés entre los profesores y alumnos del Seminario Andrés Bello.

«MARIA», EN GUERRA CONTRA EL TIEMPO

*Enamorarse es crear una religión
cuyo Dios es falible.*

JORGE LUIS BORGES.

Al cumplirse hace poco más de un año el primer centenario de *María* de Jorge Isaacs, la más leída de las novelas escritas en Hispanoamérica, y pieza fundamental de la historia literaria de Colombia, los críticos no han reparado en una feliz coincidencia, que viene a ser un involuntario homenaje del azar a este centenario; se trata de la publicación, exactamente en la fecha conmemorativa del centenario de *María*, de otra novela colombiana que comienza a llenar una nueva etapa de la literatura de nuestro país: *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, novela esplendorosa que está despertando la más cálida admiración no sólo entre los públicos de habla hispana, sino en los de otras latitudes. Pero esta nota no pretende hacer una comparación entre las dos novelas, lo que sería vano e imposible, por corresponder a dos caminos diferentes de la literatura, los cuales no veo por dónde pudieran ser encadenados. Aparte de la circunstancial referencia anterior, de tener las novelas cien años de diferencia, sólo quiero esbozar algunas rápidas observaciones sobre *María* por parte de uno de sus lectores actuales.

La relectura de *María* sirve para precisar y situar con un juicio decantado y formado por el tiempo los valores literarios que pueda tener esta novela, considerada por muchos como la obra maestra de la escuela romántica sentimental en estas tierras de América. Ocasiones como los centenarios siempre son propicias para que los escritos apresurados, ocasionales, cívicos, den un pasajero hálito de vida a la persona o a la obra del conmemorado, creyendo rescatarlas de ese lector y juez implacable que es el tiempo.

No seré yo quien repita, una vez más, que al leer *María* nuevamente, de sus páginas que narran —entre la candidez de su relato y de sus diálogos— la elegía de un temprano amor interrumpido por la muerte, que su relectura restituye al efímero paraíso de la adolescencia. Cada quien tuvo una experiencia —y tiene una memoria— distinta de sus primeros años; volver al encuentro del idilio de Efraín y María, sólo nos puede aportar lo que literariamente conserve de válido entre su artificialidad, su énfasis y sus excesos.

La literatura del siglo XIX en Hispanoamérica, era casi siempre prolongación de la escuela romántica europea. Por eso, los críticos al juzgar la obra del escritor colombiano se encaminan a rastrear las influencias que sobre él ejercieron célebres novelas francesas del género, como *Pablo y Virginia*, de Saint-Pierre, *Atala*, de Chateaubriand, y *Graziella*, de Lamartine, todas las cuales relatan amargas historias de amores truncos. Algunos de los exégetas de la obra de Isaacs, han porfiado no sólo en hallar ciertos paralelismos entre *María* y sus modelos europeos, sino en considerarla superior a estos.

La novela de Isaacs encarna el romanticismo en América; en sus páginas rebosan más los vicios que las virtudes de esa escuela, la que en lengua española —con la salvable y tardía excepción de Bécquer—, sólo contó con simples glosadores y pastichistas. Pero *María* es el intento novelístico más aceptable de su tiempo a pesar de su copioso sentimentalismo. Gran parte de los materiales de la obra de Isaacs nos desanima, porque absolutamente nada nos puede comunicar; no son las deficiencias en el tratamiento del tema o el empleo de ese tipo de técnica narrativa lo que nos hastía, es la pérdida de ese “algo” que hacía vibrar de emoción al lector de hace años y que hoy carece de esa significación para sus lectores actuales.

El romanticismo de Isaacs es el de su época. Hay dentro de sus páginas sin complicación argumentativa un fresco candor saturado de exclamaciones ante la naturaleza, el amor y la muerte, que hoy nos suenan de una puerilidad atroz. Efraín, de regreso a la hacienda paterna, después de haber cursado estudios en Bogotá, vive un casto idilio con una prima huérfana, recogida en su hogar. Pesa sobre ella la fatalidad de un grave mal hereditario, que impregna el amor de los dos jóvenes de tristes presentimientos. De suerte que el lector menos avisado descuenta que el noviazgo se malogrará por la muerte, como ocurre en verdad, pues mientras Efraín está en Londres, a donde ha ido a estudiar medicina, María se agrava y muere sin poder decirle siquiera adiós. El último encuentro de los enamorados en el oratorio doméstico, cuando él parte para Europa, anticipa la sombría

tristeza de una despedida definitiva. Pero aunque el final se adivina, hay cierta tensión en la espera. Las múltiples descripciones del paisaje rural del Valle del Cauca, corren muchas veces el peligro de quedar aisladas dentro del contexto de la narración como simples relatos regionales que atentan contra su unidad formal.

Jorge Isaacs, hijo de un judío inglés converso, antiguo plantador en Jamaica, y próspero terrateniente en el Valle del Cauca, como muchos otros escritores del siglo pasado, fue también político, revolucionario, militar, periodista, funcionario público, profesor, diplomático y hombre de negocios. Además de la novela, cultivó la poesía, la oratoria y el ensayo. Pero de ninguna de todas esas actividades, ni de esos géneros literarios, logró sacar algún fruto perdurable; por el contrario, siempre tuvo resultados menos que mediocres que lo llevaron a terminar sus años en un humilde cargo de inspector escolar. A los 28 años publicó *María*, en Bogotá, en edición de 800 ejemplares, nada corta para el lugar y la época.

No conozco —y no creo que exista— algún estudio enjundioso sobre la novela de Isaacs. Muchos de los glosadores de la obra, simplemente se han detenido en la epidérmica y vacía averiguación de la verdad autobiográfica del idilio entre Efraín y María, como la curiosa documentación reunida por Enrique Anderson Imbert sobre este asunto en el cumplido estudio preliminar de la edición del Fondo de Cultura Económica en 1951. Allí trae pruebas y contrapruebas de la existencia de la prima israelita y de las circunstancias de su vida, su amor y su muerte, y otra serie de conjeturas, como la que afirma que la inspiradora de *María* no salió nunca de Jamaica, desde donde habría tejido un platónico idilio epistolar con el

pariente colombiano; o que estuvo efectivamente en el Cauca, pero murió poco después de llegar a la hacienda de los Isaacs. Y otras hipótesis parecidas de inútiles valores extraliterarios.

María es un libro exótico dentro del paisaje americano, en donde aparecen —como dice Luis Cardoza y Aragón— “los amplios y retóricos paisajes chateaubrianescos, con sus nubes de cartón, sus grandes árboles, sus selvas misteriosas, lluvias y truenos, tigres y esclavos negros, enormes ríos fuera de madre y el canto del ave negra, creada por el lirio de Boston, agorera y fatal. Hamlet entre las selvas de América, recitando el poema de Poe, con un cráneo en la mano, vestido de terciopelo negro, el espadín colgado de la cintura, tristemente. Camina nervioso y amargo, los cabellos sobre las sienes bañadas por la tormenta y el sudor de la fiebre, mientras por el cielo Maldoror contempla el geométrico vuelo de las grullas”.

Si nuestros países no han logrado cambiar todavía radicalmente la sociedad que hizo posible la aparición de una novela como *María*, la pérdida de su vigencia no se debe a los lentos cambios de ese mundo, sino que radica en la poca capacidad de su autor para narrar una historia, crear personajes animados y tangibles dentro de una atmósfera, y sobre todo las fallas en una más alta pasión de la aspiración creadora, que le hubiera dado a su obra una verdadera universalidad.

Nuestra infancia literaria fue torpe y largamente imitativa con gestos casi siempre desacompasados. En todo ese vetusto caudal la actual literatura latinoamericana no atisba sus raíces ni su espejo. Afirmar lo contrario sería un dislate que no merece refutación.

ALBERTO HOYOS.

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO — YERBABUENA

SERVICIO DE LECTURA PARA EL PÚBLICO:
TODOS LOS DÍAS DE LUNES A VIERNES

H O R A R I O

De 8.30 a 12 a. m. y de 1.30 a 5 p. m.

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO

LIBROS INCORPORADOS EN EL MES DE SEPTIEMBRE DE 1969

- ALONSO, MARÍA ROSA. — Apuntes de ortografía (Con explicaciones de léxico) para uso de principiantes. Mérida (Venezuela), Universidad de Los Andes, 1965. 53 p. 23 cm. (Publicaciones de la Biblioteca Central "Tulio Febres Cordero", 1).
- ANGEL DE LA PEÑA, RAFAEL. — Tratado del gerundio. México, D. F., Edit. Jus, 1955, 99 p., 1 h. 23 cm.
- ANTONIO DE PADUA, *Santo*, s. XIII. — La rebeldía primera y vuestra sumisión hoy. — [Cali (Colombia), Edit. Feriva, 1969]. 110 p., 1 h. 20½ cm.
- ARBELÁEZ LEMA, FEDERICO. — Geografía Universal: América, Oceanía, Regiones Polares. 4ª ed. revisada. [Bogotá, Edit. Voluntad, 1969]. 287 p. ilustr. (incl. rets., mapas, algs. cols.) 21½ cm.
- ARIZA S., ALBERTO EPAMINONDAS, O. P. — Apos-tillas a la historia de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá (Precisiones y rectificaciones). Bogotá, Edit. Kelly, 1969. 54 p. front. (lám.), ilustr. 22½ cm.
- BATTISTESSA, ANGEL J. — Oír con los ojos. Shakespeare en algunos de sus textos. La Plata (Argentina), Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, [1969]. 92 p., 2 h. 23 cm.
- BEOBIDE, BASILIO DE, C. M. F. — Latidos del corazón. Madrid, [Artes Gráficas], 1968. 233 p. 17 cm.
- BODE, CARL. — Vistas imprevistas de la literatura norteamericana. Ensayos críticos ... México, D. F., Edit. Pax, [1968]. 269 p., 1 h. 21½ cm. Traducción al español de Luis Hernández.
- BONET, CARMELO M. — Pespuntos críticos. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1969. 349 p., 2 h. 20½ cm. (Biblioteca de la Academia Argentina de Letras. Serie "Estudios Académicos", 8).
- BRAM, JOSEPH. — Lenguaje y sociedad. [2ª ed. en castellano]. Buenos Aires, Edit. Paidós, [1967]. 116 p. 17½ cm. Traducción del inglés por Gerardo Steenks.
- BRAUNER, CHARLES J., *coautor*. — Problemas de educación y filosofía [por] Charles J. Brauner y Hobert W. Burns. Buenos Aires, Edit. Paidós, [1969]. 307 p., 2 h. 18½ cm. (Biblioteca del Educador Contemporáneo, 95). Traducción del inglés por Marco Aurelio Galmarini.
- BROWN, INA CORINNE. — Comprensión de otras culturas ... México, D. F., Edit. Pax, [1968]. XII, 236 p. 21 cm. Traducción al español de Sara Galofre Llanos.
- CAGIGAS, ISIDRO DE LAS. — Andalucía musulmana. Aportaciones a la delimitación de la frontera del andaluz. Ensayo de etnografía andaluza medieval). Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Estudios Africanos, 1950. 92 p., 4 h. mapas (2 dobls.). 23½ cm.
- CALDERÓN QUIJANO, JOSÉ ANTONIO. — Las fortificaciones de Gibraltar en 1627. Sevilla (España), [Universidad de Sevilla], 1968. 63 p., 2 h. láms., mapas dobls. 24 cm.
- CALDERÓN DE LA BARCA, PEDRO. — No hay que creer ni en la verdad. Edición y estudio de Václav Cerný. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Miguel de Cervantes, 1968. 160 p. lám. (facsim.) 22 cm. (Anejos de la Revista Segismundo, 1).
- CARDOZO, LUBIO. — Apreciaciones y comentarios ... Mérida (Venezuela), Ediciones Euroamérica, 1969. 29 p., 1 h. 23½ cm.
- CARDOZO, LUBIO, *comp.* — La obra poética de José Vicente Nucete. Mérida (Venezuela), Ediciones Axial, [1969]. 125 p. 23 cm.
- CONDE, CARMEN. — Acompañando a Francisca Sánchez (Resumen de una vida junto a Rubén Darío). [Managua, C. A., Edit. Unión Cardoza], 1964. 251 p., 2 h. láms. (rets.) 20½ cm.
- CONRAD Aiken, Allen Tate, Theodore Roethke. Versión española de Angela Figuera. Madrid, Edit. Gredos, [1968]. 174 p., 1 h. 19½ cm. (Tres Escritores Norteamericanos, 10).
- COURTNEY MURRAY, S. I., *comp.* — La libertad y el hombre ... Buenos Aires, Edit. Paidós,

- [1969]. 272 p., 1 h. 18½ cm. (Biblioteca Ciencia e Historia de las Religiones, 9). Traducción del inglés por Nora Watson.
- DARÍO, RUBÉN. — Poesías. Selección y prólogo [de] Mario Benedetti. [La Habana], Casa de las Américas, [1967]. xxii, 190 p., 9 h. 18 cm. (Colección Literatura Latinoamericana, 30).
- DUNDES, ALAN. — The study of folklore ... Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall, [1965]. xi, 481 p. 22½ cm.
- ERCILLA Y ZÚÑIGA, ALONSO DE. — La Araucana. Selección, prólogo y notas de Guillermo Araya ... [Santiago (Chile)], Edit. Universitaria, [1969]. 180 p., 1 h. ilus. (facsim.) 18 cm. (Escritores Coloniales de Chile, 1).
- ESPINOSA, JOSÉ MARÍA. — Memorias de un abanderado. Recuerdos de la Patria Boba: 1810-1819 ... Prólogo de Germán Arciniegas. Selección, comentarios y notas de los Servicios Editoriales de Italgaf. Bogotá, Italgaf, 1969. 134 p. ilus. (incl. rets., mapa), láms. cols. (incl. rets.). 42½ cm. El Banco Cafetero de Colombia en conmemoración del Sesquicentenario de la Campaña Libertadora de 1819.
- FAJARDO, JULIO JOSÉ. — Hombre esencial. Bogotá, Ediciones Espiral Colombia, 1948. 36 p., 2 h. ilus. 24½ cm.
- FAYAD, LUIS. — Los sonidos del fuego. [Bogotá], Ediciones Testimonio, [1968]. 71 p., 3 h. 19 cm. (Colección Escritores Contemporáneos).
- FEIJÓO, SAMUEL, *comp., pról.* — El movimiento de los romances cubanos del siglo XIX ... [La Habana], Universidad Central de Las Villas, Editora del Consejo Nacional de Universidades, 1964. 436 p., 2 h. 20 cm. (Biblioteca de Estudios Hispánicos, 10).
- FOERSTER, NORMAN, *comp.* — Reinterpretación de la literatura norteamericana ... México, D. F., Edit. Pax, [1968]. 150 p. 21 cm. Traducción al español de Nuria Parés.
- FONFRÍAS, ERNESTO JUAN. — Siembra, cultivo y cosecha del idioma español en América. Barcelona (España), Carabela, 1966. 17 p., 1 h. 23 cm. (Palabra y Pensamiento, 1).
- GARCÍA MEJÍA, HERNANDO. — Entre el asfalto y las estrellas. [Medellín (Colombia), Edit. Granamérica, 1968]. 105 p., 3 h. 16½ cm. (Ediciones Acuarimántima, 1).
- GAYA NUÑO, BENITO. — Estudios sobre escritura y lengua cretenses. Lexicon creticum ... Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Antonio de Nebrija, 1953. 84 p. 24 cm. (Manuales y Anejos de "Emérita", 10).
- GÓNGORA MARMOLEJO, ALONSO DE. — Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575 ... Selección, prólogo y notas de Nelson Osorio ... [Santiago (Chile)], Edit. Universitaria, [1969]. 121 p. 18 cm. (Escritores Coloniales de Chile, 2).
- GOULD, JEAN. — Dramaturgos norteamericanos modernos ... México, D. F., Edit. Limusa, Wiley, 1968. 429 p. 19 cm. (Colección de Bolsillo). Traducción del inglés por Enrique F. Gual.
- GRIFFIN, CHARLES C. — Ensayos sobre historia de América. [Caracas], Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, [1969]. 285 p., 1 h. 20½ cm. (Publicaciones de la Escuela de Historia. Serie Varia, 6).
- GUTMANN DE DÍAZ, HILDE. — Orígenes filogenéticos del lenguaje. Mérida (Venezuela), Universidad de Los Andes, Publicaciones del Rectorado, 1969. 107 p., 2 h. 21 cm.
- HAGUE, JOHN A., *comp.* — Estados Unidos: carácter y cultura. Algunas perspectivas del siglo XX ... México, D. F., Ediciones Minerva, [1968]. 209 p., 1 h. 17½ cm. (Colección Ideas, Letras y Vida). Traducción del inglés por Jorge Ferreiro.
- HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO. — Selección de ensayos ... Selección y prólogo, José Rodríguez Feo. [La Habana], Casa de las Américas, [1965]. xxii, 386 p., 4 h. 18½ cm. (Colección Literatura Latinoamericana, 20).
- HERMAN Melville, Edith Wharton, Gertrude Stein. Madrid, Edit. Gredos, [1962]. 162 p., 1 h. 19½ cm. (Tres Escritores Norteamericanos, 4). Traducción del inglés por Angela Figuera.
- HERNÁNDEZ PEÑALOSA, GUILLERMO. — El derecho en Indias y en su metrópoli. Bogotá, Edit. Temis, 1969. xliv, 580 p., 1 h. 23 cm.
- HERNÁNDEZ VALBUENA, LUIS MARIO. — Metodología del estudio. 2ª parte. Bogotá, mimeografiado, [s. a.]. 78 p. 32 cm. (Fundación para la Ciencia y la Cultura).

- HERRERA DE RODRÍGUEZ URIBE, LEONOR. — Sonatina. Bogotá, Edit. Pax, 1969. 140 p., 2 h. 19½ cm.
- INSTITUTO Geográfico « Agustín Codazzi », ed. — Atlas de Colombia. [2ª ed.]. [Bogotá, Litografía Arco, 1969]. xxvii, 216 p. ilus. (incl. mapas, planos, gráficas, algs. cols.) 44 cm.
- JARA, ALVARO. — Problemas y métodos de la historia económica hispanoamericana. [Caracas], Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, [1969]. 89 p., 2 h. gráficas 20½ cm. (Publicaciones de la Escuela de Historia. Serie Varia, 8).
- JARAMILLO URIBE, JAIME. — Entre la historia y la filosofía. Bogotá, D. E., Edit. Revista Colombiana, 1968. 134 p. 17 cm. (Populibro, 22).
- El pensamiento colombiano en el siglo XIX. Bogotá, Edit. Temis, 1964. xvi, 464 p. 20½ cm.
- JIMÉNEZ, JUAN RAMÓN. — Olvidos de Granada. Granada (España), Edit. "Padre Suárez", 1969. 78 p., 2 h. láms. 18½ cm. (Biblioteca de Escritores y Temas Granadinos).
- JOHN CROW RANSOM, Ezra Pound, William Carlos Williams. Madrid, Edit. Gredos, [1965]. 175 p., 2 h. 19½ cm. (Tres Escritores norteamericanos, 7). Traducción del inglés por Angela Figuera.
- LACUNZA, MANUEL, S. I. — La venida del Mesías en gloria y majestad. [Santiago (Chile)], Edit. Universitaria, [1969]. 167 p. 18 cm. (Escritores Coloniales de Chile, 4).
- LEÓN-PORTILLA, MIGUEL, *comp.* — Visión de los vencidos. [La Habana], Casa de Las Américas, [1969]. xxxvii, 261 p., 7 h. 18 cm. (Colección Literatura Latinoamericana, 46).
- LOPE BLANCH, JUAN MANUEL. — El léxico indígena en el español de México. México, D. F., El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, [1969]. 75 p., 2 h. 18½ cm. (Jornadas, 63).
- LOZANO HORMAZA, HERNÁN. — Cerradura. [Bucaramanga (Colombia)], Edit. Vanguardia, 1969. [s. p.]. 19½ cm.
- MARTÍN, JAY. — Harvests of change: American Literature 1865-1914 ... Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall, [1967]. 382 p. 22½ cm.
- MAYA, RAFAEL. — Sonetos. [Bogotá, Banco de la República, Talleres Gráficos, 1968]. 46 p. front. (ret.) 23 cm. Separata del *Boletín Cultural y Bibliográfico* de la Biblioteca "Luis Angel Arango", diciembre de 1968.
- METCALF DE ROMERO, RUTH. — The in's out's of two-word verbs ... Bogotá, Universidad Nacional, Departamento de Filología e Idiomas, 1969. 69 p., 6 h. 27 cm. Mimeografiado.
- MÖRNER, MAGNUS, *comp.* — Fuentes para la historia de Ibero-América conservadas en Suecia. Guía ... Traducción del sueco por Ester Pastor López. [Stockholm, Archivo Nacional de Suecia, 1968]. 105 p. 21 cm. Obra publicada bajo los auspicios de la Unesco, del Consejo Internacional de Archivos y del Consejo de Investigaciones Humanísticas (Suecia).
- MUMFORD JONES, HOWARD. — Teoría de la literatura norteamericana. [Buenos Aires], Bibliográfica Omeba, [1968]. 164 p., 1 h. 19½ cm. (Colección América en Letras). Traducción del inglés por Ricardo G. Lafuente.
- MUSSIO, GIOVANNI. — Interventi sull'insegnamento della Geografia nelle Scuole (1965-1967). Urbino (Italia), Argalia Editore, [1969]. 186 p., 1 h. 21 cm. (Pubblicazioni dell'Università di Urbino. Serie di Lettere e Filosofia, 23).
- NIETO ARTETA, LUIS EDUARDO. — Ensayos sobre economía colombiana. Medellín (Colombia), [Edit. Antares, 1969]. 105 p. 18½ cm. (Editorial La Oveja Negra, 1).
- OLIVARES, ANTONIO, O. F. M. — Aves de Cundinamarca. [Bogotá], Universidad Nacional de Colombia, Dirección de Divulgación Cultural, Publicaciones, 1969. xxxvi, 425 p. láms. cols. 24 cm.
- ORTIZ, SERGIO ELÍAS. — Alejandro Macaulay, Renato Beluche y otros militares norteamericanos en la lucha por la Independencia de Colombia. Bogotá, Edit. Kelly, 1969. 136 p. ilus. (rets). 17 cm.
- PERRY, T. ANTONY. — Art and meaning in Berceo's Vida de santa Oria ... New Haven and London, Yale University Press, 1968. viii, 231 p. 21½ cm. (Yale Romanic Studies. Second Series, 19).
- PRASEL, SALVADOR. — Apartamento 22. [Mérida (Venezuela)], Universidad de Los Andes, De-

- partamento de Publicaciones, [1968]. 88 p., 1 h. 18 cm. (Colección Actual. Serie Ficción).
- QUESADA, GONZALO DE. — Archivo. Documentos históricos. Introducción y notas por Gonzalo de Quesada y Miranda. La Habana, Edit. de la Universidad, 1965. 551 p. 19½ cm. (Biblioteca de Autores Cubanos, 33).
- RESTREPO, JOSÉ MANUEL. — Historia de la revolución de la República de Colombia. [Medellín (Colombia)], Edit. Bedout, [1969]. 413 p. 18½ cm. (Bolsilibros Bedout, 48).
- ROJAS OLARTE, HELIODORO. — Nuevas aventuras de Don Quijote de la Mancha. Medellín (Colombia), [Edit. Ital Torino], 1968. 284 p. 17 cm.
- Rosas y espinas. [Medellín (Colombia), Edit. Ital Torino, 1969]. 108 p. 22 cm.
- Silva en el parnaso. Alegoría en 4 cuadros. Medellín (Colombia), Ediciones Piloto, [s. a.]. 36 p. 21½ x 11 cm.
- ROMANOVA, Z. — Kosta-Rika. Moskva, Izdatel'stvo "Mysl", 1968. 142 p., 1 h. front. (mapa), ilus. 16½ cm.
- ROMERO ROJAS, FRANCISCO JOSÉ, *comp.* — Anuario Bibliográfico Colombiano "Rubén Pérez Ortiz" 1967-1968 ... Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, Departamento de Bibliografía, 1969. xv, 345 p., 7 h. 24 cm. (Anuario Bibliográfico Colombiano "Rubén Pérez Ortiz", 9).
- SALAZAR PARADA, GILBERTO. — El pensamiento político de Santander. [Bogotá, Edit. Voluntad, 1969]. 214 p., 1 h. 22½ cm.
- SÁNCHEZ, LUIS ORLANDO. — Diccionario de parapsicología (Palabras más usuales) ... [Bogotá, Ediciones Avirama], 1969. 101 p., 3 h. 16½ cm.
- SÁNCHEZ, LUIS ORLANDO, *coautor.* — Curso completo de parapsicología [por] Luis Orlando Sánchez [y] Edgar Naranjo ... Bogotá, Centro de Investigaciones Parapsicológicas de Colombia, 1969. 117 p. 21½ cm.
- SANTA CRUZ Y ESPEJO, FRANCISCO JAVIER EUGENIO. — Primicias de la cultura de Quito ... 2ª ed. Quito, Imp. Nacional, 1958. 100 p. láms. (rets.) 27 cm. (Publicaciones del Museo de Arte e Historia de la Municipalidad de Quito, 29).
- SANTANDER, FRANCISCO DE PAULA. — Libro de órdenes generales del ejército de operaciones de la Nueva Granada, de que es Comandante en Jefe el General de Brigada ... Edición del Banco Cafetero con prólogo y notas de Guillermo Hernández de Alba ... Bogotá, [Litografía Arco], 1969. 124 p., 1 h. láms. (rets., alg. cols.), tab. dobl. 23½ cm. En caja, fotocopia encuadernada del manuscrito correspondiente escrito en 1819.
- SANTAYANA, GEORGE. — El sentido de la belleza ... Traducción de Daniel Vieitez. México, D. E., Unión Tipográfica Editorial Hispanoamericana, [1968]. 204 p. 22 cm.
- SOLÍS, ANTONIO DE. — Varias poesías sagradas y profanas. Edición crítica por Manuela Sánchez Regueira. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1968. viii, 444 p. 25 cm. (Clásicos Hispánicos. Serie II: Ediciones Críticas, 16).
- SPILLER, ROBERT E., *comp.* — Tiempo de cosecha. La literatura norteamericana: 1910-1960. Buenos Aires, Edit. Nova, [1968]. 236 p., 6 h. 18 cm. (Compendios Nova de Iniciación Cultural, 53). Traducción del inglés por Gerardo Meyer.
- STAHL, LEROY. — Producción teatral ... México, D. F., Edit. Pax, [1968]. 227 p. ilus. 21 cm. Traducción al español de Nancy H. Moreno.
- TABLANTE GARRIDO, P. — Caracciolo Parra Presidente fundador del Colegio de Abogados. Mérida (Venezuela), Universidad de Los Andes, Facultad de Derecho, Centro de Jurisprudencia, 1969. 21 p. 1 h. ilus. (facsim., incl. ret.). 23 cm.
- TARASOVA, K. S. — Stranĭ Latinskoi Ameriki. Politikoekonomicheskii spravochnik. Moskva, Izdatel'stvo Politicheskoi Literatur', 1969. 286 p. láms. 16½ cm. Título: Los países de América Latina. Información político-económica.
- TROTTER, G. D., *ed.* — La comedia Thebaida. Edited by G. D. Trotter and Keith Whinnom. London, Tamesis Books, [1968]. lxi, 270 p. 23½ cm. (Colección Tamesis. Serie B: Textos, 8).
- VÁZQUEZ DE PARGA, LUIS, *coautor.* — Las peregrinaciones a Santiago de Compostela [por] Luis Vázquez de Parga, José M^º Lacarra [y] Juan Uría Rúa. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Escuela de Estudios Medievales, 1948. 591 p. 24 cm.